

Capítulo 1

VICUS
GALLAECIA
UNO DE JULIO DEL AÑO 844 DE NUESTRO SEÑOR

La rabia iba aumentando a medida que la mano de Aidan ascendía por la cara interna del muslo de Aragonta. El gemido de la mujer penetró en los oídos de Ilduara llevándole un regusto amargo a la boca.

Aidan buscó el pecho de la joven y succionó con fuerza hasta que la cabeza de Aragonta se volvió de un lado a otro negando entre jadeos.

Ilduara clavó el labio con los dientes para evitar gruñir de cólera.

¡Maldito embustero sarnoso!. Si quería a Aragonta porque le hacía albergar esperanzas a ella.

Ilduara apartó asqueada la vista de la escena y se alejó de las ruinas de la casa de los romanos en dirección a la civitas de los muertos del Roupeiro.

Mientras caminaba sin darse cuenta del rumbo que tomaba, no podía apartar de su cabeza el día de la fiesta de San Juan, cuando Aidan saltó con ella la hoguera, eso había sido un mensaje, el mensaje de felicidad y buena fortuna para ellos como pareja. Lo sabía todo el mundo. Había saltado con ella y no con Aragonta que no cesaba de prestarle atención a Recadero.

Porqué lo había hecho, porqué si ahora se revolcaba con aquella coqueta.

Tropezó conteniendo el grito de dolor que pugnó por salir de su garganta y se agarró a la estela funeraria de al menos tres metros de altura contra la que se había dado. En cuanto se recuperó un poco se apartó dos pasos sin dejar de observar la piedra apuntalada en la tierra del antiguo cementerio romano.

Era una más de las muchas que surgían de entre la maleza y los árboles igual que las setas amatitas faloides cuando era su época. Aquella se había labrado en forma redondeada, con una decoración común mostrando una rosácea de seis pétalos inscrita en un círculo con la luna debajo y sus cuernos hacia arriba, custodiada a cada lado por dos círculos.

Su tío se las había dibujado en el suelo y le había dicho que lo más probable fuera que las hicieran en un antiguo taller de lapidaria en la civitas de los vivos romana.

Ilduara no podía imaginar algo tan grande como la civitas de los vivos romana, pero sus restos cubiertos de maleza y vegetación le decían que lo que su tío le contaba era verdad. Vicus debió haber sido un oppidum inmenso en los tiempos romanos.

Observó angustiada la piedra decorada sintiendo en su corazón la pérdida que acababa de experimentar, sin poder evitar darse cuenta de lo irónico de la situación en la que se encontraba, porque allí en medio de un montón de huesos de gente como ella, con sus ilusiones y desilusiones, lo único importante era vivir la vida, una vida que pasa en un suspiro, como bien le estaba indicando aquella estela romana.

Tomó aire y sus fosas nasales se llenaron del olor a vegetación rancia de un bosque abandonado, lo que era en realidad aquel porque poca gente se aventuraba por la civitas de los muertos ni de día ni de noche y mucho menos les preocupaba su degradación, de modo que terminó convirtiéndose en un bosque vetusto e inhóspito, típico de los profundos bosques de Gallaecia donde sólo iban las meigas a echar sus feitiços.

Contempló abstraída las piedras clavadas en el suelo refulgiendo frente al verde oscuro que las rodeaba, el sol apenas penetraba en aquel recinto y la blancura de las estelas relucía siniestramente en medio de la vegetación. Tal vez debería regresar con su tía Chanoa y seguir arrancando malas hierbas de

los campos de centeno, maíz o cebada. Tenía para escoger hasta que se recogiera la cosecha a finales de mes.

Seguramente su tío Tello le daría unas buenas cachetadas si supiera que lo había abandonado todo siguiendo a esos dos.

Y se las tendría bien merecidas, pensó mientras se encaminaba hacia el campo de labor. Por estúpida que se había creído que el mejor guerrero, codiciado para sus mesnadas por el come Belido, podría desear a una de las más insignificantes habitantes del Val Fragoso, y definitivamente a la más insignificante de la villa de Vicus.

Pero tenía que saberlo, arrancarse la esperanza de cuajo, y enfrentar su futuro, pues con sus catorce años sin posibilidad de gran dote y ninguna facultad que la enriqueciera, salvo la de diseñar joyas castrexas, necesitaba encontrar un hombre y encontrarlo rápido para el Lugnasah. El uno de agosto debería unirse a un hombre y abandonar a sus tíos que ya habían cargado con ella demasiado tiempo.

Su tío Tello era herrero y ganaba sus buenos sueldos de plata porque el come lo tenía en gran estima por su buen hacer. Si ella hubiera nacido hombre podría haber aprendido el oficio, pero era mujer y a las mujeres les tocaba casarse y parir hijos. Y su tía estaba harta de decírselo y ella estaba harta de oírsele decir.

Aidan había sido un sueño, uno hermoso mientras duró, sin embargo tuvo la desfachatez de convertirse en una pesadilla al llegar la mañana. Ilduara no volvería a soñar despierta, no podía permitírsele, sólo tenía que recordar el año anterior cuando apenas el trabajo de su tío había logrado que no murieran de hambre como muchos otros debido a las malas cosechas, y temporales que impidieron la pesca durante meses, ella no tenía derecho a mermar sus ganancias ni a desgraciar su vejez.

A sus tíos, Dios no les había concedido la gracia de los hijos, tal vez por eso la hubieran acogido a ella con tan solo cuatro años después de que sus padres hubiesen muerto a mano de los moros, en uno de los muchos ataques sorpresa de verano que hacían para tomar esclavos, y todavía seguían haciendo, desde Brácará.

El reino de Toronio se veía constantemente asediado por la amenaza de esos desgraciados roba niños.

Tan pronto puso el pie en la tierra esponjosa del campo se detuvo. Su tía levantó la vista y nubló el ceño al que sin duda seguiría un buen rapapolvo.

Y no se equivocó, con resignación escuchó la diatriba y los improperios, porque sabía que interrumpir a su tía en aquellos momentos supondría un castigo mayor, por lo que se armó de paciencia y cuando el enfado fue menguando se aventuró a pedir disculpas humildemente, algo que siempre le daba buenos resultados con Chanoa, al contrario que con Tello que ya la tenía bien calada y nunca se escapaba del castigo.

Comenzó a arrancar malas hierbas en silencio como el resto de las mujeres, y solo lo dejó cuando así se lo indicó su tía todavía ceñuda.

—Me han dicho que las jóvenes se reunirán esta tarde en la fuente de la Arcata.—Chanoa siempre dejaba caer comentarios como ese para hacerla reaccionar. Se limitó a encogerse de hombros— Deberías ir, Teresa va.

—Iré.—Aquello sí que sorprendió a su tía—Es hora de que me busque a alguien.

—Eso te digo día tras día. Y piensa que tendrás que arreglarte un poco. Haz algo con esa maraña de pelo tuyo que ocultas tras ese horrible paño marrón. Debes de ser la única soltera que cubre su pelo a todas horas.

—Es más cómodo.—De hecho a Ilduara le gustaría poder cortarlo. Del todo. Odiaba a su pelo rizado. Pero sería una aberración ofrecerse alegremente como esclava al come Belido, que sería exactamente lo que sería si se lo cortaba porque sólo los esclavos lo llevaban rasurado, ellos y los abades.

Los hombres creían que sin su pelo se le encogía también su hombría y que los reyes tendrían que dejar de gobernar si perdían sus cabellos. Ilduara no creía en muchas cosas, esas eran algunas de ellas. Y porque no creía en muchas cosas era por lo que no solía hablar mucho no fuera a ser que terminara apaleada por renegada. Por suerte todavía creía en Dios.

Rebasaron el perímetro inferior del monte Feroso donde se estaba comenzando a reconstruir muchas de las cabañas del antiguo castro, y se encaminaron hacia abajo donde se ubicaba el grosor de la aldea de Vicus.

La gente estaba cansada de los embates del mar y sobre todo de los pillajes de los moros en la costa, por eso desplazaban sus viviendas hacia lo alto del monte, donde antiguamente se encontraba el castro de Vicus o como lo llamaba su tío Tello, el castro de Lambriaca, porque así decía que se llamaba antes de la llegada de los invasores romanos, Vicus. De hecho los romanos también le habían cambiado el nombre por Búrbida o eso le decía su tío.

A Tello le encantaba contar historias de los romanos y el abab Allium le apoyaba en su afición haciéndole confidente de sus lecturas de pliegos del reino de Toronio que leía cuando tenía que desplazarse a Tude para reunirse con los arciprestes de la zona, algo que sucedía de pascuas en ramos y que siempre traía de vuelta a un enfadado abab Allium con el abad del Morrazo. Sin embargo, Ilduara consideraba aquello como una guerrilla competitiva entre los dos abades más que otra cosa.

Todos esperaban con ansia que se enviara de nuevo un obispo a Tude, porque éstos habían desaparecido desde que los moros se habían asentado en Brácara y continuamente los secuestraban y torturaban a uno tras otro para pedir rescate por ellos, de modo que Tude se encontraba sin obispo por el momento pues había otros obispados menos peligrosos que aquel donde asentarse.

Ilduara siempre pensó que era una pena que los monasterios se hubiesen abandonado de aquella manera, pero la vida era más importante que una vivienda, aunque fueran viviendas espléndidas de piedra de granito.

Entraron en la cabaña sin pasar por la herrería, cosa que agradeció la muchacha porque de hacerlo por allí, lo más probable sería que Chanoa le contase lo de su escapada a Tello y que eso derivara en un castigo severo porque su tío consideraba una ofensa muy grave la desobediencia, pero mucho más grave la vagancia.

Su tía sacó del caldero humeante, en un cuenco de barro, un poco del guiso de carne de cordero con verduras y se lo tendió en las manos, Ilduara se sentó en una banqueta y comenzó a comer de la cuchara de madera sin mucha afición.

—Espero que pronto estés casada y con hijos, con suerte tendrás la suficiente vida como para verlos crecer igual que te he visto crecer yo a ti.

—No te preocupes, en pocos días ofreceré el agua a alguno.

—Y asegúrate de que se lave las manos con ella delante de la gente, cuanta más, mejor.

—Será público, además aquí todos sabemos cómo se las gasta el abad.

—Allium está viejo, y muy cegato.

—Pero no se le escapa nada.

—Sí se le escapa. Si no se le escapara tú no estarías todavía mirando las moscas como una papanatas.

—Ahora voy a remediar ese asunto.

—Lo espero de veras.—Su tía se sentó a su lado en otra banqueta de tres pies llamada vulgarmente tallo—Tello y yo somos viejos, cualquier invierno...

—No lo digas.—Ilduara dejó en el suelo el cuenco y le tomó las manos con cariño—Llegaréis a ver a mis hijos, vuestros nietos.—La sonrisa tierna de Chanoa le iluminó los ojos.

—Eres una embustera redomada, pero te quiero. Eres mi hija, y la de Tello y sólo deseamos verte en una buena posición. Ojala tomases por esposo a un guerrero, estos son malos tiempos para todos y los campesinos los que más sufren.

—Bueno, lo del guerrero va a ser difícil, hay mucha competencia.—Ambas se rieron—Pero haré lo que pueda, lo prometo.

—Así me gusta, con buena actitud. Y ahora termina de comer que voy a buscar algo de ropa, todavía tengo la que tu madre me había prestado, el resto se quemó con la cabaña.—Y como siempre hacía cuando hablaba de ese escabroso tema, se alejó en silencio y lo dio por zanjado.

Ilduara suspiró, a ella le venía grande lo de cubrirse con ropajes ceñidos y eso exactamente estaría buscando su tía en aquellos instantes. Mejor sería que no comiese ni un bocado más o se arriesgaría a ser excomulgada por el abad Allium.

††

—¿Está lista?—Teresa entraba en aquel instante por la puerta, era una muchacha alegre y vivaracha de sonrojadas mejillas y un bonito pelo castaño, muy abundante igual que sus inmensas pestañas. No era muy alta y tampoco una gran belleza pero aquello no tenía importancia cuando abría la boca porque su gracia natural y su inteligencia eclipsaban cualquier defecto.

Chanoa le sonrió con picardía y le chistó con el dedo.

—Esto es excesivo, incluso para Minia sería excesivo.—Ilduara apareció tras la tela que separaba la estancia de su lugar para dormir y se quedó paralizada al ver a Teresa, del mismo modo Teresa no pudo ocultar su sorpresa abriendo la boca de par en par.

Ilduara era igual a una aparición, lo que sería una moura, salvo que las mouras eran rubias y Ilduara tenía el pelo castaño rojizo, y en aquel momento rojizo más que castaño, serpenteando por una recién descubierta estrecha cintura y cubriendo unas caderas redondeadas por una falda recortada por un corpiño que levantaba sus senos, generosos senos, hasta un punto estratégico que casi no dejaba nada a la imaginación.

—No pienso poner un pie con esto en la calle.—Sentenció a las dos mujeres. Chanoa reaccionó de inmediato.

—Lo pondrás ahora mismo.—Y la tomó con tal fuerza de la mano que Ilduara se vio fuera de la cabaña en un instante y a poco cae de bruces si no fuera porque en ese momento su tío estaba allí para sostenerla.

—Vaya por fin pareces una mujer.—La enderezó con una sonrisa en los labios—Creo que tendré que acompañarte por si acaso.

—No harás tal cosa.—Afirmó Chanoa—Y ven a comer de una santa vez.—Agarró de la misma forma que hiciera con su sobrina, la mano de su marido y lo metió dentro de la vivienda dando un sonoro portazo que hizo crujir los goznes.

—Caramba con tu tía.—Comentó Teresa ya repuesta con una sonrisa en los labios—Y yo que creía que mi madre era guerrera.

—Si tú supieras...

—Pero tiene mucha razón, estás preciosa, si no llegas a hablar no sabría que eras tú la diosa de pelo glorioso.

—Este pelo será cualquier cosa menos glorioso.

—Pues espera que lo vean los hombres, se te rifarán por agarrarlo con sus puños.

—Que se atrevan que se quedarán con él en las manos, y un buen sopapo también, de postre.—Teresa se colgó de su brazo encaminándola hacia la fuente de la Arcata—No creo que pueda hacerlo.

—¿Hacer qué?. Sólo tienes que caminar, sentarte, sonreír y poco más.

—¿Sabes que eres muy graciosa?, tanto que me dan ganas de agarrarte de ese pescuezo largo de cisne que tienes y retorcertelo.

—Gracias, a Dinis le encanta, aunque seguro que no te agradecería nada que me lo retorciera.

—Dinis está tan loco por ti que si te quedaras sin cabeza no se daría ni cuenta.

—Pena que se pase las noches faenando.

—Sólo las de luna llena.

—Las mejores.

—Dinis pesca cuando su maestre de pinaza le manda y ya sabes cómo se las gasta ese hombre horroroso, dicen que se harta de pegar a sus paniaguados y muchos de esos mozos son los huérfanos de sus mejores pescadores. No me gusta García es un patán miserable, no sé cómo lo soporta Dinis.

—Sólo lo hará esta temporada, su madre ha conseguido vender sus tierras al come Belido y con esos sueldos de plata construirán una pinaza porque el mayordomo de la pesquería, don Alvaro, del clan Crú, es padrino de Dinis, y lo pondrá al frente como maestre de su pinaza pues lleva varios años trabajando como marinero-pescador y nunca ha faltado a su palabra, nunca ha dejado a un maestre sin servicio y todos lo aprecian incluso el maestre horrible de García.

—No sólo los cófrades de Vicus y de Redondela lo aprecian pues ha mediado en muchos conflictos entre ellos, sino el propio come Belido. Tienes suerte con Dinis es un hombre maravilloso.

—Lo es, cierto.—La sonrisa tierna de Teresa embargó de una tristeza inmensa a Ilduara, no porque envidiara a su amiga, sino porque sabía que nunca llegaría a alcanzar ese amor.

No disponía de tiempo para encontrarlo. Entre otras cosas.

Una pareja de mujeres las rebasó por la izquierda mirando de soslayo a Ilduara y comentando en voz baja algo.

—Ya empezamos.—Murmuró Teresa sonriente. Ilduara se enderezó, aquellas eran las chismosas de Vicus, llegarían antes que ellas a la fuente y le darían a la lengua sin parar siquiera para respirar, desmenuzando minuciosamente el atuendo de Ilduara.

Como siempre que una mujer se arreglaba en aquella villa del Señor. Y aunque la joven no estuviera habituada a que los chismorreos versaran sobre ella, Ilduara mantenía su vida dentro de un tono sarcástico que la hacía indiferente a todo aquello.

Lo peor era sentirse desnuda, a eso sí que no estaba acostumbrada, pero serían pocos días, e incluso podría divertirse algo, los hombres que conocía no se destacaban por su inteligencia. Chanoa decía que en general los hombres no tenían muchas luces.

—Menuda pandilla que se ha juntado hoy.—Comentó Teresa.

—Son vísperas pero como pase por aquí el abad se aguló la fiesta.

—Allium está muy ocupado con las matronas, precisamente para que podamos reunirnos nosotros aquí.

—Tampoco es que fuera a obligar a cumplir con las multas por hacer estas reuniones, nunca lo hace, ni siquiera tiene en cuenta las hiladas.

—Por eso sigue siendo el abad de estas freguesías.

—Seguro que es por eso.

—Si tú supieras...—Teresa se rió de la cara de indignación de Ilduara.

—Vaya, vaya, mira quién ha salido a tierra.—Aragonta rezumaba envidia al decirlo, miraba de arriba abajo a Ilduara con los brazos puestos en jarras y sacando pecho como un gallo de pelea.

—Puede que yo sea una gusana pero por cómo me miras, tú pareces una gallina clueca.—Las risas estallaron haciendo enrojecer de rabia a Aragonta que de pronto se vio ignorada cuando un grupo de chicas se arremolinaron en torno a Ilduara dando sus opiniones sobre su nueva indumentaria.

—No sabía que tenías ese cuerpo.—Minia observaba los pechos de Ilduara ante lo que la joven sonrió con ironía. Minia siempre intentaba resaltar sus pequeños atributos llegando a extremos increíbles de descaro. Lo bueno de Minia era que no envidiaba a nadie, su narcisismo supremo se lo impedía.

—Yo tampoco.—Le respondió Ilduara—Aunque esto de tener los pechos bien sujetos me gusta, no pesan tanto.

—Si mujer, tú quéjate.—El comentario de Minia hizo reír a varias de ellas, Ilduara incluida.

—Mañana se hará la rapa das bestas en el Cepudo, estarán allí muchos de los guerreros de las mesnadas del come, tendremos que ir muy temprano para coger sitio.—Comentó Estela emocionada.

—Y levantarnos más pronto para hacer la comida.—Dijo Teresa.

—Las que mejor cocinemos nos llevaremos a los más fuertes y aguerridos muchachos.—La joven Elvira aplaudía de satisfacción, porque su madre era la cocinera por excelencia de la villa de Vicus.

—Ten cuidado Elvira, no solo vamos a ir las de Vicus, Freixeiro, Coruxo, Castrelos, Comesaña, también irán y allí hay muchas matronas cocineras.—Le advirtió Minia meneando sus pechos—Tendrás que poner algo de tu parte también, no solo de comida vive el hombre. Por lo menos eso dice el abad.

—Allium no se refiere a eso precisamente.—Le reprobó la muchacha aludida.

—Cada uno cree lo que le parece.—Contrató Minia encogiéndose de hombros. Y en ese instante el retumbar de unos cascos hizo callar a todas ellas.

Por el camino de Freixeiro un grupo de guerreros se aproximaba montados a caballos, cosa que podían agradecer al come Belido que mantenía a todos los guerreros del Val Fragoso con su correspondiente caballo, primero porque sobraban en los montes comunales y segundo porque sabía que un hombre a caballo valía lo que tres a pie. Por lo que pertenecieran a sus mesnadas o no, obligaba a cualquier hombre que pudiera manejar un arma que también supiera manejar un caballo y lo mantuviera en condiciones.

Los guerreros de Val Fragoso se enfrentaban a muchos peligros, la mayoría de ellos provenía del mar ya que la Ría de Erizana era como un lago de seis leguas manso y de calada suficiente para resguardar embarcaciones de gran eslora y uno de los pocos puertos seguros en dirección norte. Un lugar demasiado atractivo y necesario para pasar de largo.

Pero sobre todo, el mayor peligro del momento eran sin dudar, los sarracenos, a los que lo que más les gustaba era la cantidad de habitantes que existía en ese brazo de mar y por los que se pagaba muy caro en el mercado de esclavos de Al-andalús.

Cuando los guerreros y guardias terminaban sus turnos en los castros de vigilancia, muchos bajaban al valle para descansar en sus viviendas y casi todos se detenían en la fuente Arcata para dar de beber a sus monturas y comentar la jornada con el resto antes de darla por finalizada.

Esa era la razón de que las muchachas de la zona fueran, precisamente, a esas horas de la tarde a coger agua en sus botijos de barro, aunque muchas ni siquiera llevaran los botijos y se limitaban a aparecer por allí para charlar con el resto de los jóvenes.

A Ilduara le dio un vuelco al corazón cuando se fijó en el cuerpo musculoso e imponente de Aidan deteniendo su montura a escasos pasos de Aragonta que puesta en jarras sonreía descaradamente. Aidan le devolvió la sonrisa mientras se apeaba de un salto junto con el resto de sus seis compañeros, varios de los cuales comenzaron a darle golpes con los codos al muchacho que ni por eso enrojeció, ni se avergonzó. Aidan no era de esos, debía de creerse que todo lo que hacía estaba bien hecho.

Ilduara se dio cuenta de aquella crítica mental hacia el ser que la tenía obnubilada tan solo unas horas antes y pensó con ironía que tal vez no le costara tanto olvidarse de aquel patán abominable.

Mientras las muchachas se arremolinaban en torno a los guerreros, Ilduara se quedó en un cómodo segundo plano, deseando que los campesinos comenzaran a llegar pues los siete guerreros estaban demasiado solicitados como para perder el tiempo con ellos, además si se quedaba al margen el tiempo suficiente, los jóvenes campesinos la verían a ella primero, del mismo modo que ella los vería y podría fijarse por fin en algún hombre que no fuera Aidan, porque la triste realidad era que nunca se había dado cuenta de la existencia de nadie que no fuera él desde la tierna edad de seis años.

También era cierto que nunca había hecho nada para llamar la atención de ningún hombre, Aidan incluido. Y si lo pensaba bien, probablemente él la hubiera escogido aquella lejana noche de San Juan solo porque era la más alejada del grupo y la más fácil de atrapar y llevar hasta la hoguera.

De hecho fue lo único que hizo, después le soltó la mano y no volvió a prestarle atención.

Definitivamente su imaginación era desbordante, menudo cuento de mouras se había inventado sólo porque Aidan había saltado la hoguera de su mano.

Estaba por encogerse de hombros cuando presintió que algo había ocurrido a sus espaldas, hasta podía mascar el silencio, oteó el horizonte por si acaso el abad había conseguido escabullirse de las matronas para comenzar a repartir multas a diestro y siniestro pero no vio nada. Del mismo modo no logró escuchar nada, todo parecía normal. Fue cuando decidió volverse para averiguar la causa de tanto silencio en una normalmente jauría de risotadas y risillas.

Todos la observaban a ella, muchos con una expresión estupefacta, incluso los había con la boca abierta. Y las chicas también la miraban, malhumoradas ciertamente.

Entonces se dio cuenta, recordó su vestimenta y a punto estuvo de echar a correr, le dedicó una mirada ansiosa a Teresa pero ésta se veía tan satisfecha que parecía a punto de explotar de risa.

Ilduara se supo perdida y decidió que de perdida al río, aquellos no eran su objetivo por lo tanto no tenía por qué ser amable o coqueta con ellos. De hecho se percató que de intentarlo siquiera varias de las muchachas se le lanzarían a la yugular.

Por tanto echó pecho hacia adelante al ponerse en jarras mirando de uno en uno a todos los guerreros, Aidan incluido, cosa que, por cierto, no le costó nada porque decidió que lo odiaba, y les habló con ironía.

—¿Dónde exactamente tengo la mancha?

Nadie le respondió, tal vez porque nadie le había prestado atención a sus palabras, porque tal vez todavía no habían podido reaccionar de la sorpresa de su apariencia.

—Menuda panda de imbéciles.—Dijo dándose media vuelta resuelta a marcharse con viento fresco pese a todos los exabruptos que muy probablemente le soltaría su tía. Ya iría otro día a escoger a su marido, cuando no estuvieran ese grupo de energúmenos babeantes presentes.

No dio ni un paso cuando alguien tiró de su brazo y la hizo volverse de nuevo.

—¿Qué se supone que estás haciendo?—Ilduara no podía creer lo que veían sus ojos, ni lo que oían sus oídos. Aidan le hablaba a ella. Nunca le había dirigido una palabra en la vida, ni cuando la tomó de la mano para saltar la hoguera en San Juan.

Además le hablaba como si tuviera derecho a hacerle preguntas que sonaban a amenaza. Porque le había sonado a amenaza.

¡Por todos los demonios!, quién se creía que era, después de lo que había hecho con Aragonta esa tarde.

Ilduara entornó los ojos, nunca se había enfurecido con nadie en la vida, pero Aidan alcanzó un punto oscuro en su conciencia y lo despertó en toda su magnificencia.

El guerrero saboreó la pasión genuina de Ilduara gratamente sorprendido y por primera vez en su existencia se dio cuenta, anonadado, de que la deseaba, deseaba a aquella niña delgaducha y fea que conocía de toda la vida y que de repente se había atrevido a transformarse en una mujer exuberante por decirlo suavemente.

—¿Vas a responderme o a morderme?—Le susurró, aunque todos pudieron escuchar la chanza y se echaron a reír a carcajada limpia. Ninguno de ellos esperaba que alguien le replicara a Aidan, y mucho menos un personaje insignificante como era Ilduara a la cual no se la había escuchado en la vida una palabra más alta que la otra. Más bien se la tenía por callada, hasta por sumisa.

La comprensión de que todos aguardaban su sumisión la alteró todavía más. Entonces explotó.

—Vaya amo, no sabría que responderos, de hecho tampoco sabía que eráis mi amo hasta ahora, incluso no sabía que tenía un amo.—Le dio tal tirón al brazo que la aferraba que se soltó tomándolo por sorpresa y fue a parar tres pasos hacia atrás trastabillando por su propio impulso—Te lo advertiré solo una vez, como vuelvas a tocarme lo vas a lamentar. Si necesitas sentirte superior a los demás, búscate una audiencia más complaciente que yo y vete a preguntarle a tu parienta lo que hace porque a mí solo me lo podrá preguntar mi futuro marido y ese, ciertamente, no eres tú.

Volvió al camino de regreso a su casa balanceando sus caderas ostentadamente. Si querían espectáculo, tendrían espectáculo.

Teresa tardó un segundo en unirse a ella. Le echaba un vistazo de vez en cuando con curiosidad, e Ilduara terminó por dirigirle una disgustada mirada.

—¿Qué?—Le pregunto con irritación.

—Esa ropa debe estar hechizada.

—No digas sandeces.

—Nunca te oí hablar así, con tanta rabia.

—No era rabia.

—Te brillaban los ojos, y enseñabas los dientes como si realmente le quisieras morder. A mí me asustaste.

—Lo hubiese matado.

—Pero porqué.

—Porque no tenía ningún derecho a tratarme como un hermano mayor escandalizado. Aidan no es nadie en mi vida. Nunca fue nadie.

—Creo que realmente lo escandalizaste.—Teresa estaba divirtiéndose de lo lindo—Dinis se hubiese puesto frenético si me hubiese visto con esa ropa que llevas.

—Dinis es tu prometido.

—Aidan parecía el tuyo.

—Pues como bien sabrás no lo es.

—Pero lo parecía .¿Y si...

—Ni lo pienses, lo que le pasa a ese energúmeno es que se cree el ombligo del mundo y piensa que puede mandar en todos.

—Pues yo creo que le gustas.

—Pues yo creo que le gustan mis pechos, como al resto. Y no los culpo, si yo fuera hombre también salivaría ante algo tan expuesto. Poco menos me faltó metérselos en la boca.

—Eso es muy divertido. Por eso soy tu amiga Ilduara, eres divertida hasta cuando te enfadas. Pero nunca te había visto enfadada de verdad. Cuando te enfadas de verdad, das miedo.

—Nunca tuve motivos para estar enfadada de verdad.

—Es que ni siquiera le respondes a tus tíos cuando te regañan.

—Ya tienen bastante con cuidarme y alimentarme, les estoy muy agradecida, no es cosa de que se lo devuelva con gritos y menosprecios.

—¿Ves?. Eres sensata y práctica y encantadora y jamás te vi enfadada con nadie.

—Déjalo ya, estas consiguiendo que me rechinen los dientes.

—¿Volverás a intentarlo mañana?

—¿Te refieres al curro?—Teresa asintió—Supongo que tendré que ir.—Respondió resignada—Esto de encontrar esposo es agotador.

—Le irás cogiendo el tranquillo, ya lo verás.

—Espero que no tenga tiempo, con suerte mañana salgo del monte prometida.

—Lleva el agua y lánzasele al elegido en toda la cabeza.

—Si se la lanzó a la cabeza no la podrá usar para lavarse las manos con ella.

—Así lo regarás entero y no habrá ningún género de duda respecto al compromiso.

—Teresa, él tiene que decidir lavarse las manos, la cosa funciona así, no puedo ir yo y empaparlo. Como mucho conseguiría que no me machacara la cara y como poco me la partiría por loca.

—Me deprimes con tu sensatez.

—Y tú me matas con tus ideas peregrinas.—Dicho lo cual se metió en su casa y le cerró las puertas en las narices a su amiga.

Sus tíos debían estar, como todos los atardeceres en la plaza con los vecinos charlando o jugando a las coviñas. Ilduara comenzó a desvestirse, si conseguía meterse en la cama antes de que aparecieran les haría creer que estaba dormida y se ahorraría muchas preguntas.

Se cubrió con las pieles de dormir y recordó a Aidan y su extraño comportamiento. Porqué le había hablado en aquel tono. Y, para empezar, porque le había hablado.

El brazo le dolía por la fuerza con la que se había soltado de él. Lo acarició pensativa. A Aidan le gustaban las mujeres, eso era un hecho y si había de ser sincera en la tarde nadie hubiese dudado de

que ella era una mujer, por eso Aidan se dio cuenta de que la feucha del pueblo tenía pecho debajo de las ropas holgadas que se ponía todos los días, por esa simple razón se enteró de su presencia, bueno que el resto se quedara con la boca abierta mirándola fijamente, también habría ayudado a que le prestara una mínima atención. Hasta ahí la cosa resultaba más o menos comprensible, pero ¿hablarle? ¿Dirigirle la palabra cuando nunca lo había hecho?. En ese punto la cosa ya no era tan comprensible. Y mucho menos si recordaba el tono desagradable con que lo había hecho. Para una miserable vez que le concedía audiencia era para regañarla Dios sabía por qué.

En realidad comprender la mente de un hombre no debía de ser tan fácil como le decía Chanoa, salvo que el muy chiflado se creyera de verdad con derecho a mangonearla solo porque había saltado con ella la hoguera.

En fin tanto daban los por ques, lo importante era que hubiese entendido que no era su amigo, ni nada de nada y que la dejara en paz para que pudiera emprender la ardua tarea de encontrar a su futuro esposo.

Con esas claras intenciones se quedó dormida hasta que su tía la despertó antes del amanecer y con prisas se prepararon para acudir al curro con el resto de la aldea.

Capítulo 2

Los relinchos se podían escuchar en todo el monte, las yeguas asustadas llamando a sus crías para que no se separaran de ellas, los machos jóvenes encabritados levantando las patas para defenderse del ataque de los hombres que los azuzaban contra su voluntad hacia algún lugar misterioso.

El caballo recio y de vientre abultado de comer toxo de Gallaecia era muy apreciado por todos y muy abundante. Los romanos habían comerciado con ellos por su calidad y su fortaleza. Cada rebaño tenía la marca de su propietario, aunque en tiempos pasados los caballos pertenecían a los castrexos y eran comunales como los montes.

En la actualidad los magnates se hacían con casi todos por medios no muy ortodoxos la mayoría de las veces, a pesar de ello el come Belido ofrecía un caballo a cada hombre con capacidad de lucha y le exigía su mantenimiento de por vida. Así se aseguraba de poseer una fuerza militar suficiente en caso de enfrentamiento con otros magnates o ataques diversos de extranjeros muy habituales en aquellas tierras.

Los curros se celebraban para marcar a los nuevos miembros del rebaño y para raparles, al resto, las largas crines y las colas y evitarles sufrimientos en verano a los animales. Y a pesar del duro trabajo que realizaban los aloitadores, el día era una fiesta bellísima donde las muestras de valor y fuerza de ambos bandos, hombres y bestias, ofrecían un espectáculo embriagador y excitante.

Cuando conseguían reunir en un corral a los animales comenzaba otro espectáculo impresionante, los aloitadores se metían entre los caballos y elegían a uno al que se enfrentaban tres aloitadores, uno se subía a su lomo por detrás, otro sujetaba sus crines y cubría sus ojos para desorientarlo y el último agarraba su cola y lo desestabilizaba. El que se había montado se tiraba al cuello del animal para hacerlo caer. Ese era el objetivo, tumbarlo. Una vez en el suelo se le cortaba el pelo de las crines y el rabo, marcando a los nuevos miembros del grupo.

Ilduara sonreía a un muchacho que sudaba para mantenerse a los lomos de un caballo negro tropezando con sus piernas con el resto de los animales. Se inclinaba peligrosamente sobre el cuello de la besta mientras ésta daba vueltas para protegerse del ataque al que se le había sometido, el que tiraba de su cola tuvo que apartarse para no ser coceado. Las crines sujetas por otro aloitador rozaban el suelo por la inclinación de la cabeza del animal por la acción conjunta del jinete y del que se las apresaba.

Silfredo se esforzaba por no salir disparado a las patas de los animales cosa que ya había ocurrido anteriormente para algunos pobres desgraciados, pero él era uno de los más experimentados y fuertes. Los músculos de sus brazos se tensaban una y otra vez en la tarea, y Ilduara tuvo que reconocer que no le desagradaba en absoluto, era bueno que un hombre pudiera sostener a la mujer que sería su esposa en todos los aspectos, que pudiera protegerla y mimarla y Silfredo parecía capaz de hacer ambas cosas. Además no era un hombre agresivo, pues su trabajo consistía en fabricar objetos de barro y cobre, por lo que sus manos creaban, no destruían, sin embargo su complexión robusta, igual a la de los caballos de la zona y su firmeza y valor, lo convertían en un buen luchador cuando llegaba la hora.

Y lo más interesante es que Ilduara se había enterado de que estaba libre, su pobre mujer había muerto de parto junto a su bebé hacía unos días. Seguro que agradecería su consuelo.

Se volvió unos segundos para observar a su amiga que todavía esperaba que Dinis pudiera llegar en algún momento del día para acompañarla y sonrió ante la impaciencia que descubrió en su mirada. Debía de ser muy bonito que alguien se preocupara así de uno, de buscar su compañía y de desear todo lo que el otro deseara.

Teresa se compenetraba con Dinis de una forma mística, nunca se aburrían de estar juntos, nunca decían nada malo el uno del otro. Se respetaban y se amaban incondicionalmente.

Ilduara supo que jamás tendría eso, nunca tendría nada que le perteneciera así, para ella sola, ni un hijo podría ofrecerle eso porque los hijos hay que dejarlos ir de un modo u otro.

Regresó su atención a Silfredo exhalando un suspiro triste y lo vio saltando del animal que ya habían logrado rapar.

Dos brazos se apoyaron a cada lado de su cuerpo por detrás manteniéndola presa contra la cerca del corral. Ilduara se puso rígida y no se atrevió a volverse. Se encontraba relativamente sola allí porque Teresa se había apartado de la gente para poder ver si su amado aparecía por alguno de los senderos y sus tíos estaban preparando la comida con el resto de las matronas.

Aunque también se encontraba en medio de una multitud que se agolpaba en el corral para observar la rapa y en teoría nada podría ocurrirle allí.

A la derecha podía ver a un vecino de la aldea al que podría recurrir, sin embargo no la tranquilizaron ninguna de esas consideraciones porque también era cierto que en medio de una multitud te podrían acuchillar sin que nadie se percatara.

De todos modos aquel hombre no querría acuchillarla, aunque desde luego la estaba asustando bastante. Sobre todo en ese instante, que sentía con claridad la respiración de él en su oreja.

—¿Te diviertes?—Aidan de nuevo. Ilduara se puso más rígida todavía, el muy estúpido quería vengarse de lo del día anterior.

—Te dije que no me tocaras.—Le espetó sin mover la cabeza.

—¿Dónde te toco?—Ilduara advirtió que no lo estaba haciendo.

—Pues entonces aléjate de mí.

—Difícil con toda esta gente apretujada. ¿Te gusta que te apretujen Ilduara?

Lo que no supo que le gustaría tanto era escuchar su nombre de los labios de él. Le había parecido un dulce ronroneo de un gato adulator.

¡Pero en que estaba pensando!

—¿Qué quieres, vengarte?

—Yo no tomo venganza de las mujeres, me gustan para otros menesteres.

—Dime lo qué quieres de una vez y déjame en paz. Estoy ocupada como podrás ver.

—No puedo ver exactamente en qué estás ocupada.

—En observar.

—A Silfredo, y en sonreírle. Sí, de eso ya me di cuenta.

—¡Qué perspicaz!

—Sería de muy mal gusto que te aprovecharas del desconsuelo de un hombre.

—Tú precisamente no deberías abrir la boca porque te hartas de aprovecharte de todas las mujeres del Val Fragoso.

—¿Celosa?

—¡Seguro!—Entonces resolvió que debía enfrentarlo de una vez por todas para liberarse de su insufrible presencia. Al hacerlo con brusquedad le golpeó la cara a Aidan que exhaló un gemido antes de mirarla enfadado—Eso te pasa por estar tan cerca de la gente, te pueden caer golpes cuando menos te lo esperas.

—Muy graciosa.—Pero no se movió, sus brazos continuaban reteniéndola—Y también muy nerviosa.

—Por el contrario, estoy muy molesta.

—Con mi presencia.

—Tú lo has dicho.

—Ilduara, Ilduara, no deberías intentar hacerme creer que no te importo, cuando cada vez que estoy cerca salen llamas verdes de tus ojos.

—Lo que no me importan son tus absurdas divagaciones, me haces perder el tiempo, ya te dije que estoy ocupada.

—¿Tanto necesitas de un hombre?, te vistes como una ramera, te lanzas a la caza de un pobre desgraciado que acaba de perder a su mujer y parece que tienes un pincho clavado en el trasero porque saltas a la primera oportunidad.—Ilduara iba a abrir la boca por la estupefacción pero antes de eso la rabia aniquiló a la sorpresa. De sus ojos salieron nuevas llamaradas verdes pero su boca se mantuvo firmemente cerrada en una fina línea de disgusto—Si me lo pides adecuadamente yo mismo podría ayudarte a resolver tus problemas.—Si lo dejaba hablar tal vez se terminara aburriendo—¿Me lo

pedirás?—Pero que se acercara a ella a un suspiro y le hiciera respirar su aliento cálido era más de lo que podría soportar. Apartó la cara disgustada más por su debilidad por él que por él en sí mismo y no pudo evitar que le rozara con los labios la mejilla acalorada con la suavidad de un pétalo de rosa. Se sobresaltó de tal modo que se dio contra la madera del corral en la cabeza—Ahora estamos en paz.—Aidan se reía en su cara. Y de nuevo se aproximó de modo que la cabeza de la joven mantenía una presión fuerte contra la madera para alejarse lo máximo posible de la boca de Aidan—Eres virgen.—Afirmó sonriente—Las vírgenes suelen ser muy torpes.—Hablaba en un susurro—Y yo suelo huir de ellas como de la peste.—Ilduara evitaba sus ojos, pero mantener la vista fija en el movimiento sensual de sus labios tampoco era fácil de sobrellevar—De todos modos tú eres diferente.—Inspiró largamente—Hueles diferente, a hembra caliente y fogosa, como las yeguas jóvenes en busca de macho.—Se detuvo unos instantes, Ilduara sentía escalofríos y desearía encontrarse debajo de la tierra para escapar de aquella tortura—Estás buscando un macho, tu cuerpo necesita la fuerza de la dominación del acto para sosegar tu inquietud. Seguro que en las noches te tocas deseando que sean las manos grandes y ásperas de un hombre quienes rocen tus pezones, ahora mismo se están endureciendo bajo ese corpiño apretado que llevas, noto como suben y bajan angustiados por la libertad.—Enrojecida por la violenta reacción de su cuerpo ante las audaces palabras de Aidan, Ilduara temió echarse sobre él como la ramera que decía que era—Estás temblando de excitación, necesitas mis dedos hundiéndose en tu interior húmedo.—Apenas fue consciente de que Aidan estaba metiendo su mano entre sus muslos por encima de su falda, cuando apretó allí solo pudo tomar aliento entrecortadamente y para su consternación abrió un poco las piernas.

Los gritos de la gente que los rodeaba sin prestarles atención llegaron muy lejanos en la conciencia de Ilduara, sabía que estaba mojado los dedos de Aidan con su excitación, la estaba deshaciendo en agua con su destreza—Esta tarde, después de comer ven a la cueva del río Rega, te daré lo que buscas.—Y así la abandonó, con la boca abierta exhalando un suspiro de anhelo y mirando sus espaldas anchas apartar a la muchedumbre para desaparecer en un segundo.

Ilduara caminó para salir también de allí, se sentía consternada con un peso en el pecho que le decía lo puerca que era, o lo imbécil, o lo desesperada que estaba de que Aidan la amara.

Y él, en cambio, solo se estaba resarcido de la amenaza que le había hecho el día anterior, se burlaba de esa amenaza, porque ella se lo advirtió, se arrepentiría si la tocaba de nuevo, y él no sólo la tocó íntimamente, sino que logró dominarla con simples palabras, como un buen hablador de animales, como si ella solo fuera un maldito animal, la llevó a desearlo por encima de su dignidad.

Ilduara sentía deseos de llorar de rabia y tristeza, por qué no podía Aidan haberse quedado en el apartado romántico que ella se había inventado para él. Si se hubiera quedado allí sería un sueño mágico al que acudir las noches de invierno, ahora, en cambio, sería su mayor pesadumbre, su mayor vergüenza, su mayor humillación.

No podía continuar en ese lugar, como si no hubiera sucedido nada, no podía intentar acercarse a Silfredo con las palabras de Aidan socavando su conciencia.

Si había justicia Divina, Aidan se perdería en las cuevas del Folón y nunca más se sabría de semejante engendro seductor. Porque era un demonio seductor que no tenía reparo a la hora de destrozar el alma a las mujeres que se le pusieran por delante.

Maldito fuera.

Ilduara había acudido en carro al monte pero decidió regresar a pie, no deseaba escuchar los lamentos de Chanoa, tal vez si desaparecía durante el resto del día, todos pensarían que había escapado para encontrarse con un amante. Y ella no lo desmentiría, eso era lo que tenía que hacer, la incógnita le daría un lapso de tiempo en el cual podría desarrollar su estrategia para elegir pareja.

Con esa idea en mente bajó el monte por un pedregoso sendero para no encontrarse con nadie y llegó a la zona de Coruxo cuando el sol estaba en lo más alto y le quemaba la cabeza que llevaba sin cubrir. El mar azul intenso parecía llamarla, caminó sin descansar por entre los matorrales y arboledas hasta alcanzar la playa del Bao. Las dunas llenas de vegetación la obligaban a ir muy despacio pero no cejó en su empeño hasta pisar la arena suave acariciada por el mar.

Inspiró profundamente llenándose de salitre y humedad con una sonrisa en los labios, el mar siempre la relajaba, se sentó en la arena y observó la pequeña península de Toralla cubierta de vegetación, hacía muchos años que los habitantes del castro de la isla habían decidido abandonarla, aunque muchos pescadores se internaban en ella para buscar buenos lugares para faenar las capturas costeras.

Ilduara cerró los ojos, sabía que podría gozar de unas horas solitarias porque casi toda la población de las cercanías había acudido al curro y eso era algo que necesitaba para poder tranquilizarse y arrancarse de sí la confusión que sentía dentro.

Aidan era un malnacido, no podía recordar qué era lo que había visto en él para desearlo y amarlo desde hacía tantos años, en realidad Aidan solo había sido una ilusión porque el héroe se desvaneció al abrir la boca. Al abrirla para meterse los pezones de Aragonta en ella y para decirle groserías y humillarla después cuando nunca le había dirigido la palabra.

Pues que se quedara con esa recua de imbéciles porque ella ya había abierto los ojos con respecto al gran guerrero de las narices.

Se tumbó abriendo los brazos y cogiendo en sus manos puñados de arena. Aquello era el paraíso. Cerró los ojos deseando que se prolongara la paz que respiraba allí.

—¿Te has perdido?—La voz de Dinis la sobresaltó, abrió los ojos y se incorporó a medias.

—¡Me has dado un susto de muerte!—El muchacho se sentó a su lado.

—No era mi intención, me sorprendió ver algo entre las dunas y vine a investigar, qué estás haciendo aquí tan sola. No es prudente con los hombres de Belido sueltos por ahí.

—Están todos en el curro. Donde, por cierto, deberías estar tú con tu amorcito.

—A eso iba cuando te descubrí.

—No te preocupes por mí y corre al monte o te quedarás sin comer.

—Con Teresa sería imposible que eso sucediera, además no pienso dejarte sola de modo que o vienes tú también o nos quedamos los dos.

—Teresa te matará si se entera.

—Al contrario Teresa comprenderá que no pudiera dejarte aquí, si lo deseas te acompaño a la aldea y luego subo al curro.

—De ninguna manera, tardarías mucho.

—Tengo mi caballo allí mismo.—Señaló hacía unos árboles.

—Por favor Dinis, necesito estar sola un poco más.

—¿Qué te ha pasado?. Teresa dijo que hoy buscarías un marido. ¿Te ha hecho alguien algo?

—Nadie importante.

—No será Aidan, ¿verdad?

—Pues sí que te cuenta cosas Teresa.

—¿Qué te hizo?

—Insultarme.

—Responderá por eso no te preocupes.—Ilduara cogió el brazo de Dinis consternada.

—Deja que sea yo quien resuelva esto.—La mano de Dinis se apoyó en la de ella.

—No estás sola.

—Lo sé Dinis y te lo agradezco, pero no quiero que piense que puede hacerme daño con sus palabras, quiero hacérselo pagar y para eso no puedo consentir que te pelees con él.—La sonrisa que acompañó a sus palabras tranquilizó al muchacho.

—Entonces ya estás preparada para enfrentarlo. Vamos que Teresa y su comida nos esperan. Además tengo a alguien en mente para ti.

—¿De veras?

—Pues sí, ya lo verás.

Con esas palabras enigmáticas la arrastró al caballo y la montó detrás de él.

Aidan movió la cabeza al reírse y la vio. En ese instante su ceño se nubló y su sonrisa se le congeló en los labios.

Ilduara abrazaba la cintura de Dinis montada detrás de él y apoyaba la cabeza en su hombro hablándole al oído sonriente. El muchacho también sonreía cuando le revolvió la coronilla y ella se apartó lanzándole imprecaciones y arreglándose de nuevo el peinado.

La intimidad de la escena lo llenó de furia. Acaso no tenía conciencia de ningún tipo esa mujerzuela. Dinis era el prometido de su mejor amiga. Su única amiga. Y coqueteaba con él descaradamente delante de todo el mundo.

Aidan obviaba la de veces que él había arrebatado una mujer a sus compañeros, sin embargo tampoco los consideraba amigos, solo eran compañeros que además aceptaban con resignación la dominación que Aidan mantenía sobre las mujeres. Desde luego no era lo mismo.

Ilduara se dejó desmontar por las grandes manos de Dinis y haciéndole una reverencia en calidad de agradecimiento se encaminó hacia donde sus tíos tenían montada la comida, allí Teresa recibió con un abrazo a su prometido y con el dedo levantado regañó a Ilduara.

Aidan no lo aguantó más, se dirigió hacia ellos con paso decidido.

Ilduara no esperaba tan pronto tener que enfrentarse a aquel energúmeno y cuando su tía le propinó un codazo con una sonrisa maliciosa en la boca, se volvió para prestar atención a lo que le señalaba.

Aidan caminaba con el paso de un guerrero dispuesto a todo. Ilduara no comprendía qué podría querer ahora ese hombre pero por su expresión sombría supo que no sería para nada bueno. Se enderezó y cruzó los brazos esperándolo sin dar muestras de temor alguno. Dinis la miró interrogante pero ella le respondió con un gesto negativo de su cabeza, ante lo cual el muchacho se encogió de hombros y dejó a la chica resolver sus asuntos a su manera.

—Ven conmigo.—Aidan había dado un escueto saludo con el mentón a sus tíos y le ofrecía la mano a Ilduara para que lo siguiera.

—Estoy ocupada con la comida.

—Tranquila que ya lo tengo yo todo listo.—Le dijo su tía con una sonrisa—Ve a hablar con el muchacho.—Ilduara podría haber estrangulado a Chanoa sin ningún remordimiento en aquel momento. Pero se volvió de nuevo a Aidan y decidió que no iba a comportarse como una cobarde con él.

Sin prestar atención a la mano alzada caminó delante del guerrero hasta que él la tomó de sorpresa y la alzó sobre su caballo y a continuación se subió detrás sujetándola con uno de los brazos por la cintura mientras con el otro azuzaba a su caballo que se movió veloz entre la multitud que debía apartarse a su paso.

—¿Dónde vamos? ¡No quiero alejarme contigo!—Aidan no le contestaba, simplemente dirigía el caballo hacia la cumbre del monte para luego descender por el lado opuesto al curro, distanciándose de la gente—¡Aidan, suéltame de una vez! ¡No entiendo lo que te ha pasado conmigo pero tienes que detenerte! ¡Aidan!—Agarró su brazo para apartarlo de su cintura pero éste se apretó mucho más hasta que sintió dolor por lo que desistió.

El caballo avanzaba con rapidez deslizándose por el bosque y penetrando en lo profundo de un angosto valle anegado de maleza y árboles que cubrían la luz del sol.

Fue en un pequeño claro que Aidan decidió parar su carrera y desmontar tomando la cintura de Ilduara para bajarla con brusquedad del animal.

—Has cambiado, en solo dos días te has transformado en una mujerzuela sin escrúpulos.—Ilduara abrió la boca sorprendida por la furia con que la insultaba.—Si deseas tener algo entre las piernas me tendrás a mí. Estoy libre de cargas igual que tú.—Dicho lo cual la estrelló contra su pecho y la besó dominándola.

Ilduara todavía tenía la boca abierta y la lengua de Aidan arrasó sus defensas en un segundo. Con él no podía controlarse, controlar la fiebre que le subía por el cuerpo y le obnubilaba la razón. No se defendió porque mayormente deseaba todo lo que él le ofrecía, aunque luego tuviera que arrepentirse de ser una presa fácil para ese depredador.

Pero qué podía hacer, cómo defenderse de un sueño de niña, de unos instantes de éxtasis, de la marea que la empujaba hacia él.

No podía y no quería.

Aidan azuzado por la rabia no se dio cuenta en un principio de lo que hacía, de lo que estaba haciendo, porque su intención era castigarla, pero la suavidad y la respuesta de la muchacha lo enloquecieron de deseo y su mente dejó de funcionar para dar paso al mundo de las sensaciones.

Sin embargo en aquella ocasión había algo diferente, era un ansia que nunca había sentido, ansia de poseerla, de dominarla porque, aunque ella se le estuviera ofreciendo, él la sentía ajena, fría, sentía que se le escapaba de las manos cuanto más la apretaba contra su cuerpo.

Y esa ansia lo descontrolaba, y lo destrozaba porque Aidan siempre había sabido mantener el control en todas las facetas de su vida.

Qué tenía esa joven que lo llevaba a tales extremos.

Cómo una meiga o una moura entrando en posesión de su cuerpo y de su control.

La apartó de repente e Ilduara se cayó al suelo al perder el equilibrio. Miraba jadeante a Aidan, que en toda su magnífica altura la contemplaba iracundo, su pecho impresionante subía y bajaba como si hubiera estado luchando en una batalla infernal.

—No vas a vencerme ramera.—Ilduara recibió el insulto igual que un puñetazo en el corazón, se quedó sin aliento, todas las emociones vividas hacía unos instantes se desvanecieron entre el dolor de escuchar la ira y el odio de Aidan sobre ella—Te tomaré cuando yo lo decida, y como yo lo decida.—En ese punto Ilduara estalló llena de dolor.

—Nunca me tocarás, será mi marido quien lo haga, él me desvirgará y me respetará.

—Nadie te querrá tomar por esposa.

—Muchos lo harán.

—Yo me encargaré de eso, después de terminar contigo.

—Si me fuerzas te mataré.

—¿Forzarte?—Y las carcajadas invadieron el silencioso bosque. Ilduara se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre el pecho de Aidan, lo golpeó pero nada logró salvo hacerse daño en los puños, él se reía todavía más por sus pobres intentos hasta que le sujetó las muñecas y la puso de puntillas al alzarla.—Forzarte.—Repitió en un murmullo—Sería la primera vez que fuerzo a una mujer. Pero tú sabes igual que yo lo sé que no necesito forzarte, ¿verdad?—La miró directamente a los ojos y ella no pudo contestar, la sonrisa sensual de la boca de Aidan la retó con crueldad—Si entro en tu boca me recibirás alegremente y si entro en tu cuerpo aullarás de placer y me suplicarás que profundice más. ¿Me equivoco, zorra?

—Eres un bastardo, y como que Dios existe que me las pagarás, pagarás cada insulto, cada humillación, cada...

Aidan la silenció con un beso. Ilduara se resistió todo lo que pudo pero se quedaba sin fuerzas porque Aidan la apretaba contra su pecho cada vez más. Incapaz de continuar con la lucha se abandonó al cruel abrazo y dejó hacer al guerrero.

Éste saboreando su victoria dio libertad a sus manos que alzaron las faldas de la joven y recorrieron con avidez el camino a la entrada de su cuerpo. Estaba cayendo por la pendiente de la lujuria y ya no quería ni podía detenerse o apaciguarse lo suficiente como para comprender lo que hacía. Solo necesitaba hundirse en ella. Al llegar a la unión entre sus piernas penetró con los dedos y escuchó el jadeo de dolor de Ilduara, inexplicablemente lo escuchó y se detuvo.

Observó sus ojos atemorizados y algo en su interior se rompió, no deseaba el miedo en Ilduara, deseaba su pasión, apartó la mano y la llevó a la mejilla de la joven, con increíble ternura la acarició.

Ilduara sorprendida contemplaba las facciones del guerrero que, habitualmente, cinceladas en duro pedernal, mostraban una incomprensible suavidad, sus ojos grises destilaban dulzura. Era una expresión ajena a él, en todo lo largo de su existencia jamás se la había visto y antes de que pudiera saborearla la boca imperiosa del muchacho descendió sobre ella como un ave rapaz y en esa ocasión Ilduara se quedó sin defensas.

El corpiño se deslizó hacia el suelo después de que Aidan hubiera desatado los lazos, y la camisola fue apartada con impaciencia para liberar unos senos gloriosos que deleitaron la vista del guerrero.

Ilduara despojó de su túnica a Aidan recorriendo con las puntas de los dedos los músculos de acero. Ambos detuvieron sus movimientos absortos en su mutua contemplación y por decisión mutua, también, se arrojaron uno sobre el otro presas de un hambre insaciable.

Aidan entró en la boca de Ilduara y la transportó a un mundo delicioso de sensaciones que le erizaron los pezones y los pelos de su piel excitada. Al notar una punzada en su vientre descendiendo hasta su entrepierna, advirtió apenas un flujo denso regando su sexo. Antes de tener el pensamiento de la necesidad de Aidan allí, éste ya había alcanzado el lugar con sus dedos y entrado en él, gimió de placer al mojarse en ella con el líquido resbaladizo de su pasión.

Estaba preparada para él, ahora sí lo estaba y deseosa, e impaciente.

Los labios de Aidan recorrieron el camino de su boca a su pecho apoderándose de sus pezones con avaricia, los chupó ansioso y sintió que no podía aguantarse más, Ilduara parecía haberle leído la mente pues le bajaba los pantalones en ese momento liberando su virilidad con sus manos temblorosas.

Ese temblor paralizó a Aidan que observó el rostro de la muchacha inquisitivo, los ojos velados de la joven respondieron a su pregunta. Ilduara lo deseaba por encima de todo, por encima de su temor virginal.

Aidan había desflorado a una sola mujer y se había prometido no repetirlo nunca más, sin embargo Ilduara era diferente, no podría dejarla escapar por nada del mundo. Ella le pertenecía y la tomaría, fuese virgen o no.

La tumbó en el suelo, encima de la ropa de ambos y separó sus piernas metiendo la suya en medio. Con ambas manos sujetó su cabeza para que lo mirara, ella tardó en darse cuenta de que se había detenido y alzó la vista de sus labios.

—Te tomaré ahora.—Ilduara inspiró con fuerza y sonrió tímidamente, Aidan cubrió su sonrisa con los labios y colocó su miembro en la entrada del cuerpo femenino. El roce la perturbó y le hizo levantar las caderas para ir en su busca, Aidan gimió ante el movimiento y se abandonó, hundió su verga en su sexo resbaladizo y encontró una resistencia que derrotó con la fuerza de su embate. Acalló el grito de la joven con un beso devorador y llegó al fondo donde se quedó inmóvil mientras la besaba.

Ilduara sentía dolor e incomodidad pero también sentía que caía en la trampa de los besos de Aidan que la sumían en un aligeramiento placentero, hasta que él se movió y no quedó rastro del dolor ni de la incomodidad, solo del placer.

Aidan descendió a su garganta y succionó haciéndola sentir escalofríos mientras se mecía sobre ella con un ritmo enloquecedor que crecía y los hacía jadear y gritar.

Las luces estallaron dentro de sus ojos cerrados cuando alcanzó el clímax y reverberó todo el tiempo que tardó Aidan en llegar al suyo, ambos temblaron de placer interminables minutos.

La cabeza de Aidan estaba caída sobre el hombro de Ilduara y ésta acariciaba sus cabellos humedecidos arrebatada por el amor que sentía en aquellos momentos. Cómo había podido creer que conseguiría olvidarlo, y ahora mucho menos, cuando conocía el sabor de su piel, el calor de su pasión.

Nunca podría olvidarlo.

La tristeza acudió a su lado y cuando Aidan se recuperó lo suficiente como para alzar la cabeza, fue recibido por unos ojos velados por las lágrimas.

—Esto fue cosa de dos.—Aidan creía que ella le estaba reprochando algo. Ilduara negó con la cabeza.

—Tienes razón, cosa de dos.—Apartó las manos de su cuerpo e intentó ponerse de pie pero Aidan no se apartó—Tal vez sea hora de regresar.

—Porqué cambiaste. Antes eras una mujer noble, callada, obediente y no lucías tu cuerpo como si fuera un trofeo.

—No sabía que estabas enterado de mi existencia.

—Simplemente no eres mi tipo.

—Quién lo diría.

—Antes no lo eras, ahora...

—Sigo sin serlo, no entiendo porque has querido yacer conmigo.

—Parecías necesitarlo.

—¿Y tú?, ¿Lo necesitabas tú?

—Sí, yo lo necesitaba, desde que vi tu cuerpo, desde que me desafiaste.

—Pues lo has conseguido, como lo haces siempre.

—Sólo te he follado.

—Sí, solo eso. Y ahora debemos irnos.—Aidan mantuvo la vista fija en ella que intentó mostrarse lo más serena posible ante aquella inspección. Nunca le demostraría cuánto le dolía su indiferencia. Cuánto le dolía que la tratara como a una más de su harén. Y jamás volvería a desafiarlo, a la postre ese era el verdadero motivo por el cual ella se encontraba allí desnuda y desvirgada, porque lo había desafiado, a un guerrero no se le desafiaba impunemente, porque siempre respondía. Esa era la gran lección del día, y posiblemente la mayor de su vida.

Se alejaría como de la peste de cualquier guerrero. Aidan terminó con su escrutinio y se hizo a un lado, lo que aprovechó Ilduara para recoger su ropa y ponérsela.

De pronto vio a Aidan dirigirse sigilosamente al caballo y tomar su espada de él. Ilduara miró alrededor intentando escuchar algo cuando unos gritos salvajes rompieron el silencio del bosque.

Aidan se lanzó contra cuatro hombres espada en mano profiriendo alaridos y gruñidos cuando los metales chocaron entre sí.

Ilduara no se dio tiempo a pensar, se apresuró en busca de algún objeto contundente y recogió una piedra del tamaño de su puño. Desde pequeña lanzaba cualquier cosa con una puntería endemoniada, no perdería esa oportunidad de proteger a Aidan. Tenía la mano levantada apretando la piedra contra la palma de su mano mientras buscaba una oportunidad de lanzarla en medio de la lucha encarnizada de su hombre contra los cuatro secuaces cuando uno de ellos dio un paso atrás para tomar impulso y volver a cargar sobre Aidan, entonces la mano de Ilduara reaccionó de inmediato y tiró la piedra con un movimiento seco hacia el atacante.

La fuerza del impacto arrancó un crujido en la base de la nariz al rompérsela y el hombre cayó como un fardo. Uno de los que quedaban en pie lanzó un grito de rabia al ver lo que sucedía y se lanzó hacia Ilduara. Aidan masculló un improperio y cargó contra otro de los ladrones hundiéndolo en el filo de su espada en el costado del forajido.

Ilduara cogió otra piedra y se la tiró al hombre pero sólo alcanzó su hombro, y no podría coger más proyectiles porque en pocos segundos la alcanzaría con su espada.

Era hora de huir, recogió las faldas y salió disparada entre la arboleda jadeando por el esfuerzo. Trepó por una roca y luego a otra escalando un derrumbe natural que escondía la cueva del Folón.

Le hubiese gustado ayudar más a Aidan pero ya nada podía hacer salvo intentar escapar de su perseguidor, corrió descendiendo hacia la entrada de la cueva y se metió por la pequeña abertura vertical sin detener su carrera.

Con la ayuda de las manos palpó las paredes humedecidas por el paso del río Rega adentrándose en una de las cuevas de granito más largas de las que se conocía su existencia. Más de una vez se había perdido allí gente, y más de un tesoro escondido de los atacantes del mar se había perdido también.

Pero la vida de Ilduara se encontraba en peligro y lo único importante en aquellos momentos era escapar.

El ruedo de su falda se empapó rápidamente y le costó mantener el paso sin enredarse con la tela que se le pegaba en las piernas, y ni tan siquiera podía escuchar otro ruido que no fuera el agua del río o sus jadeos, por lo que no tenía noción alguna de si era perseguida o no.

Torció a la derecha y decidió agazaparse para esconderse rezando a Dios que lograra esquivar al rabioso ladrón.

Cubrió la cara con ambas manos para impedir que su respiración la delatara y en la oscuridad cerró los ojos y pidió a Dios que la ayudara, y que ayudara a Aidan, pues, aunque él era un gran guerrero, nadie estaba libre de un mal paso.

—¡Sal zorra maldita!—El ladrón se encontraba justo en el corredor principal, enfrente de ella— Si sales ahora no te mataré, pero si tengo que buscarte disfrutaré escuchando tus aullidos de dolor.

La voz pareció alejarse, Ilduara supo que era el momento de volver sobre sus pasos para tratar de salir de la cueva, aunque dudaba que en la negrura de la cueva diera con la dirección correcta.

Se levantó tratando de no hacer ningún ruido y caminó con cuidado por el suelo resbaladizo, en cuanto alcanzó el corredor comenzó a andar apurada.

Pero no tuvo ninguna oportunidad, el ladrón surgió por detrás, agarró su pelo con furia y la echó contra él. Ilduara apenas pudo gritar de la sorpresa y el dolor que le hacía saltar las lágrimas.

—Te encontré y voy a disfrutarlo puta.—La arrastró a la salida de la cueva, y cuando la luz le dio en los ojos tuvo que entrecerrarlos, entonces sintió otro fuerte tirón en el pelo y escuchó un grito de agonía mientras caía de culo en el suelo.

Se encogió sobre sí previendo un golpe mortal y dio un brinco cuando la sujetaron por los hombros y la levantaron en vilo.

Abrió los ojos y se encontró con Aidan y una expresión asesina en su rostro. Tenía la cara y el pelo lleno de salpicaduras de sangre y su pecho desnudo sudado y ensangrentado también.

—¿Estás bien?—Le salió la voz en un murmullo asustado, no podía ni pensar en que estuviera herido. Aidan frunció todavía más el ceño y comenzó a sacudirla mientras la regañaba.

—¡Eres una inconsciente! ¡una lerdal! ¡estúpida redomada! ¿cómo se te ocurre? ¡Es que tendrías que haberte atado de pies y manos para que te estuvieras quieta!

—¡Me haces daño!

—Y más que tendrías que hacerte, de hecho debería darte unos buenos azotes.

—¿Qué se supone que hice tan horrible? ¿Porque me riñes como a una niña?

—¡Porque lo eres! ¿acaso te has creído que eres una mujer? ¡Tienes catorce años!. Y menos cerebro que una mosca.

—¡Me defendí! ¡te ayudé! ¿Qué tiene eso de malo?

—¿Me ayudaste? ¡Tú no tienes que ayudarme, solo tienes que huir, esconderte y quedarte calladita!

—Pues no lo hice y te ayudé, quieras o no lo quieras, ¡te ayudé!

—No necesitaba tu ayuda, ni la de nadie, podía arreglar yo solo las cosas.

—¡Eran cuatro!

—Si te digo que podía hacerlo es que puedo, no me jacto en vano. Como tampoco me jacto cuando te digo que voy a darte unos buenos azotes para que aprendas a no ser una imprudente. Por tu culpa casi me rajan.

—¿Cómo por mi culpa si te quite de encima a uno de ellos?

—Porque vi como éste corría hacia ti y eso me hizo perder de vista a mi oponente unos segundos preciosos, casi me corta el cuello y te aseguro que fue por tu culpa, si no hubieses comenzado a tirar piedras nadie se hubiese interesado en ti hasta después de acabar conmigo. Pero eso nunca habría sucedido porque no podrían acabar conmigo, tan claro como eso.

—Entonces te pido perdón.

—Eso no es suficiente. Me hiciste sufrir un infierno corriendo tras vuestro rastro, pensando que quizá no llegaría a tiempo para salvarte.

—De acuerdo.—Consintió Ilduara arrepentida, Aidan alzó una ceja interrogante—Azótame si eso te va a hacer sentir mejor.

—¡Por Dios!. No es para que yo me sienta mejor, es para que tú aprendas la lección.

—Lo siento pero he de confesarte algo.—Aidan esperó la confesión airado—No voy a aprender nada por unos azotes, por muchos azotes, aunque me dejes en carne viva no aprenderé porque si te vuelvo a ver en peligro volveré a intentar ayudarte.

Aidan se quedó estupefacto ante semejante desafío, tardó en reaccionar y cuando lo hizo se pasó la mano por el pelo y la miró contrariado.

—No sé qué voy a hacer contigo, en serio que no lo sé. No te entiendo en absoluto.

—¿Podemos marcharnos de aquí?. Este lugar me da escalofríos.

—Vamos, avisaré para que vengan a recoger a éstos, a ver si localizamos a su cuadrilla de una vez. No hacen más que robar caballos.

Le cogió la mano y la condujo hacia su montura, en el trayecto ninguno de los dos pareció dispuesto a romper el silencio que se había instaurado entre ellos, y cuando la hizo bajar del animal al alcanzar el curro, ni siquiera se despidió de ella, la dejó sola y se fue a hablar con los hombres de Belido.

Como en un trance, la joven se acercó a su familia y se vio acosada por preguntas que no supo responder, se limitó a comer y a dar la callada por respuesta. Dinis la observaba acechándola como un halcón y terminó acorralándola cuando iba a buscar agua a una ferverza del rio del monte.

—Os vi llegar. Aidan venía medio desnudo con el cuerpo lleno de sangre ajena.

—Nos topamos con los ladrones de caballos.

—Claro. ¿Te hicieron daño?

—Él me defendió perfectamente, es un guerrero.

—El mejor por estos lares, es cierto. ¿Qué pasó realmente Ilduara?

—Sólo eso que no es poco.—Dinis la observó con atención unos instantes, luego sacudió la cabeza con pesadumbre y le habló.

—Quiero que conozcas a alguien, ¿todavía estás interesada?—Sí, lo estaba, le salió de golpe en la mente, necesitaba tener un hombre a quién cuidar, alejarse del camino de Aidan y recoger sus trozos para comenzar de nuevo. Borrón y cuenta nueva, de eso se trataba ahora, de sobrevivir a Aidan.

—Estoy dispuesta.—Contestó con una sonrisa cariñosa. Dinis se preocupaba de ella como de su propia hermana.

—Se llama Roque, y ya llevas parte del camino hecho porque de tanto hablarle de ti lo tienes enamorado.

—¿Qué le dijiste?

—Pues que eras muy buena cocinera, que sacudías muy bien las pieles y que eras graciosa.

—Vaya entonces lo debo de tener a mis pies.

—Casi. Pero te aviso que Roque es inmenso, un gigante rubio.

—Un brigo.

—Descendiente.

—Bueno, a todas las mujeres les gusta tener un hombre fuerte al lado, y yo no soy la excepción.

—Además eres alta, no tendrás mucho problema con él, ya lo verás, es muy buena persona.

—Te creo.—Dinis se dirigió al curro y llegó al corral donde, en efecto, un gigante impedía a los de atrás contemplar el trabajo de los aloitadores.

—Roque, tengo una sorpresa para ti.—El hombre se volvió con una sonrisa en los labios, era muy rubio, de ojos azules claros y enorme. Ilduara trató de que no se percibiera en su sonrisa el asombro que le inspiraba Roque y éste se lo agradeció acentuando la sonrisa.

—No me lo digas, Ilduara.—Le ofreció la mano y ella le tendió la suya que se vio tragada por la inmensa extremidad de Roque. Pero no la apretó fue increíblemente suave.

Ilduara sintió unos deseos tremendos de llorar, todo por lo que había pasado se cebó en su memoria ante aquel gesto gentil del rubio. Él debió percibir su estado que despidió a Dinis y la llevó hacia unas rocas con menos gente alrededor.

—Un día duro, supongo.

—Mucho pero me sobrepondré.

—Sí, se ve que eres una luchadora.

—¿Y te molestaría que lo fuera? ¿Te importaría que te defendiera en caso de un ataque?

—No me molestaría, me aterrorizaría saber que te expones a peligros por mí. ¿Algún hombre se enfadó contigo por eso?

—Sí.

—No se lo tengas en cuenta, los hombres tememos que nos quiten cosas, de que nos quiten a las mujeres ni te cuento.—Los dos se troncharon de risa con la broma.

—Entonces cuando nos ataquen me quedaré sentada en la roca y esperaré el resultado mascando el tallo de una planta.

—Mejor será que te echas a correr porque gane el que gane, después de luchar los hombres nos ponemos exaltados y no hay quién nos aguante.—Las risas volvieron a sus bocas. Roque era en verdad un cambio refrescante, alguien por quién valía la pena luchar. Y estaba libre y era lo suficientemente inmenso para aplastar a Aidan si se le ocurría meterse de nuevo con ella.

Poco a poco el dolor y la tristeza de regalar la virginidad a un desalmado fue transformándose en un recuerdo agridulce que salía cada vez que se movía o cambiaba de posición o caminaba, pero Roque lo hacía desaparecer con alguna de sus salidas simpáticas que hicieron de aquel día una experiencia insólita, porque Ilduara había escapado de unos sueños infantiles para caer en la cruda realidad y esa cruda realidad se mudaba en la realidad simplemente con la presencia de Roque en su vida.

Por suerte no supo nada más de Aidan que partió con varios de los soldados de Belido para atrapar a los ladrones y al regresar no tuvo que ir a buscar agua a la Arcata ni a laborar al campo, gracias a Roque, con el cual se quedó charlando a la puerta de su casa hasta bien entrada la tarde con el beneplácito de sus tíos.

Era fácil hablar con Roque y era totalmente natural sentirse atraída por él, por su calidez y su cortesía. Ilduara entró en su casa con una gran sonrisa en los labios, se tumbó en su lecho y entonces recordó todo lo ocurrido y un peso en el pecho le habló con inquina. “Nunca lo olvidarás”. Entonces se echó a llorar por ser tan necia.

Capítulo 3

Teresa observó a su amiga con una sonrisa en los labios, aquel día Ilduara se veía particularmente bonita con los cabellos sueltos y su curvilínea figura moviéndose cadenciosamente mientras se dirigían hacia las salinas.

Dinis las había llamado para que ayudasen con las sardinas en el escochado, técnica que preferían a la salazón porque necesitaba menos de la preciada sal al quitarle las partes corruptibles al pescado como eran la cabeza y las tripas. Luego se las metía en los lagares con sal un día entero para que estuvieran dispuestas para la venta. Y toda esa tarea tenía que hacerse de inmediato después de pescarlas.

Dinis les había prometido una buena panzada de sardinas asadas que en ese tiempo estaban sabrosísimas aparte del dinero que se les daría después de la venta.

—Los perros escaparán de nosotras hoy.—Comentó Ilduara con una sonrisa divertida.

—Mejor, siempre están buscando que se les dé de comer.

—Eso te pasa a ti porque te paseas por la aldea con trozos de millo para ellos. Te siguen como a una moura.

—Los perros no siguen a las mouras, son los hombres.

—¡Vaya, que torpeza la mía, confundir a un hombre con un perro!—Se lanzaron a reír a carcajada limpia y llegaron de esa manera a las antiguas salinas.

Los huecos cuadrados de más profundos a menos estaban llenos de hierbas de las dunas, sólo unas pocas se conservaban para el come Belido. La sal era un bien muy valioso pero las salinas requerían mucho esfuerzo de mano de obra para unos pocos meses al año. Belido consumía toda la sal que salía de allí, y compraba más a los comerciantes. Y de haber obispo en Tude ni siquiera poseería esas salinas porque la Iglesia se haría con ellas de un modo u otro.

Por eso las mantenía custodiadas con parte de sus soldados para que nadie metiera la mano en ellas.

Casi todas las mujeres disponibles se encontraban esperando la llegada de las pinazas, el día prometía ser soleado porque el amanecer no tenía ninguna nube en el horizonte ni niebla en la ría.

Tan pronto se divisaron las embarcaciones todo el mundo se puso manos a la obra, desembarcando las sardinas en cestas que se repartían las mujeres para el escochado.

Las charlas y las risas mientras se realizaba la tarea eran parte del trabajo. Teresa e Ilduara realizaban la labor con precisión acostumbradas desde jóvenes a ella.

A veces se hacían apuestas para saber quiénes terminaban antes los cestos repletos de sardinas. Pero aquel día la captura había sido excepcionalmente buena y ninguna se apuró en una lucha competitiva que las agotaría antes de tiempo.

Roque apareció a la hora en que se detenían para comer las sardinas, el joven buscó a Ilduara con la vista y la encontró sentada a punto de meter en la boca un trozo de pan con una sardina encima chorreando grasa.

—Parecen buenas.

—Exquisitas.—Respondió ella a modo de saludo. Y le tendió otra rebanada de pan con su correspondiente sardina encima. Roque no se hizo de rogar y se sentó a su lado saboreando el manjar.

—Se me ha ocurrido que tal vez te apetecería nadar un poco después de terminar con esto.

—¿Tienes tiempo?

—Estoy esperando una remesa de cuero de Belido para trabajarla pero no llegará hasta mañana.

—Entonces de acuerdo. Con este tufo de sardina no me atrevo a entrar en casa, la última vez Chanoa me mandó a la playa de cabeza, ni siquiera quería acercarse a mí. Tuve que meterme en el agua con la ropa puesta porque amenazaba con quemármela.

—Espero que esta vez te dejes la camisola y nada más.

—Muy gracioso.

—Yo te meteré en el agua el resto de la ropa.

—Y yo espero que tú te dejes los pantalones puestos.

—Hecho.

Terminaron de comer y Roque se fue para dejarlas trabajar en paz.

Teresa y ella retomaron la tarea cansadas ya pero animadas ante la expectativa de un baño al atardecer, la puesta de sol en la ría era impresionante y muy romántica para las parejas.

—¿Te gusta?—La pregunta no la tomó de sorpresa, de hecho la esperaba.

—Sí, es muy amable y simpático.

—Aidan no es simpático ni amable pero es muy guapo. Arrebatador.

—Que no te escuche Dinis.

—¿Qué pasó ayer?

—Nada.

—Mentira. Noto la tristeza que te embarga cuando hablamos de él.—Ilduara se detuvo unos instantes mirando a su amiga. Teresa era de fiar, igual que Dinis. Pero lo de Aidan era sumamente doloroso, no quería enfrentarlo con palabras, todavía no estaba preparada.—No te avergüences de un acto de amor, sé que lo llevas queriendo desde niña.

—¿Lo sabes?

—Sí. Veía tu expresión cada vez que pasaba delante de nosotras. Te lo comías con los ojos. Y para serte sincera yo también. Y aun me lo como con los ojos, está riquísimo, con sus músculos, su espalda ancha y sus caderas estrechas, y cuando se entrena con la espada, es todo un espectáculo. No me sorprende que hayas caído como muchas otras en su embrujo. Y no debes reprochártelo, él debe ser un buen semental para iniciarse en el sexo, se las sabrá todas para dar placer a una mujer.

—No deseo hablar de Aidan.

—¡No te lo vas a creer!. Viene hacia aquí.—Ilduara se giró para mirar quién era el que venía hacia ellas y le salió un gemido cuando vio que era Aidan. Teresa tenía razón al sorprenderse porque ningún guerrero se acercaba al escochado si podía evitarlo, era una tarea de un nivel muy bajo para que se rebajaran a verla siquiera.

Además caminaba como si fuera a entrar en batalla y eso le dio a Ilduara tan mala espina que deseó lanzarse a correr para huir de él. Le temblaban las manos cuando bajó la vista a la sardina que escochaba pero se obligó a continuar como si no ocurriera nada. Allí estaba a salvo, entre las mujeres de la aldea y algunas de Redondela.

Aidan se detuvo justo enfrente de ella sin prestar atención a las miradas curiosas del resto de la gente.

—Roque anda diciendo por ahí que vas a ser su prometida.—Aquella afirmación directa sobre algo de lo que ni siquiera había hablado con su supuesto prometido y delante de la plana mayor de la aldea, desconcertó de tal manera a Ilduara que soltó un jadeo cayéndole de las manos la sardina descabezada.—Entonces, ¿es cierto?

—Roque es amigo de Dinis, y amigo mío por eso. Y de momento nada más. ¿Por qué te interesa?

—¿En serio quieres que te responda a eso ahora?—La amenaza implícita en sus palabras le hicieron negar rápidamente con la cabeza—Lo suponía. ¿Cuándo terminas?

—Al atardecer.—Murmuró avergonzada y roja como un tomate. Aidan se comportaba como si fuera su hermano mayor a punto de regañarla.

—Vendré a buscarte, y no se te ocurra marcharte antes de que llegue.—No dijo más, se dio media vuelta y se alejó sin mirar a nadie.

—¿A qué vino todo eso?—Le preguntó Uxia que estaba al lado. Todas las demás aguardaban la respuesta, Ilduara maldijo a Aidan por ponerla en aquella situación.

—No tengo la más remota idea. Probablemente se aburrió de Aragonta y busca una víctima a quién fastidiar.

—Pues a mí puede venir a fastidiarme cuando quiera.—Comentó embelesada una redondelana llamada Rufina. El resto se echó a reír.

—Creo que estás metida en un buen lío.—Le susurró Teresa preocupada—Aidan parece que se cree que tiene derechos sobre ti y eso solo lo piensa un hombre que ha tenido relaciones con una mujer. Y si las tuviste querrá repetirlas y hasta que no se canse de ti no te dejará en paz. Los hombres pueden ser muy testarudos y crueles.

—Me parece que solo busca castigarme por querer tener a un hombre para mí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me ha llamado ramera y dice que no tengo escrúpulos por querer liarme con Dinis y con Silfredo.

—Pero tú no has hecho eso.

—Pensé en acercarme a Silfredo.—Reconoció preocupada por lo que pensaría su amiga de ella.

—Es un buen hombre, no tiene nada de malo que pensarás en él.

—Tú siempre me defiendes.

—Nadie puede llamarte ramera, ayer eras virgen y si te hizo eso lo tiene que saber.

—Lo sabe y no le importa seguir insultándome, de lo contrario no hubiese aparecido por aquí.

Ahora estaré en boca de todos.

—A Roque no le importan las habladurías y en cuanto te cases con él todo esto se olvidará.

—Me amenazó con impedir que cualquier hombre se casara conmigo.

—¿Dijo eso?—Ilduara asintió entristecida.—Es muy raro, da la impresión de que le gustas mucho.

—¿Yo?. Pues qué manera tiene de demostrarlo.—Sin embargo Ilduara recordó con precisión el momento en que él le acarició el rostro con una ternura inusitada—Es igual, por mucho que una mujer le guste a Aidan, no durará demasiado en su mente, se entretendrá con ella hasta que se canse, como bien has dicho.

—Puede ser, lo que no entiendo es porque a ti, nunca te había prestado atención.

—Se la llamé yo misma el día de la fuente, creyó que lo estaba desafiando y yo lo único que hice fue no hacerle caso.

—Eso es un reto enorme para el ego de Aidan.

—Lo estoy pagando con creces, y ya no sé qué hacer con él.

—Mejor será que lo aplaques antes de que te coja tirria y la emprenda contra ti. Estas comenzando con Roque y sería perjudicial que Aidan hablara con él mal de ti. O lo creería o se emprenderían a golpes.

—Esto es demencial, no puedo ni pensar que dos hombres se peleen por mí. Como si fuera Aragonta u otra mujer hermosa. Yo no valgo nada, ni siquiera coqueteo, es que no sé cómo hacerlo. ¿Cómo he podido llegar hasta esto?

—Te desprecias demasiado, deberías pedir prestado un espejo.

—No pienso esperararlo.—La tozudez empañó los ojos verdes de Ilduara—No voy a dejarme pisotear por él.

—Los hombres pueden ser muy crueles.

—Que lo intente y lo destrozaré. No me dejaré avasallar como una sierva. No volverá a tratarme como si fuera su esclava personal.

—¿Lo hizo verdad?

—Sí, como dijo él, solo me folló. ¡Ay Teresa, me folló!—Las lágrimas alcanzaron sus ojos y las apartó con la manga de su camisa.

—Tranquila cariño, si te forzó serás vengada, Dinis y Roque te vengarán.

—No lo hizo, fue cosa de los dos, pero yo lo amé y el solo me folló. Como a una más.

—Tranquila Ilduara es un bastardo y tarde o temprano una mujer lo doblegará ya lo verás.

—Eso no me consuela, ¡Ojala me dejara seguir con mi vida!

—Díselo hoy, al atardecer.

—¿Y Roque?. Además no quiero estar a solas con él de nuevo.

—Tienes miedo de volver a caer en sus garras.

—Por supuesto que lo tengo, no sabes cómo es, hace que me tiemblen las piernas y se me olvida respirar y pensar, y de repente lo tengo dentro. Es como una tempestad.

—Vaya...—Teresa se había quedado sin palabras.

—No quiero estar con él a solas.

—Iré contigo.

—¿Lo harías?

—Pues claro que lo haré.

—Gracias.

El resto de la tarde se afanaron en trabajar y no hablar, cada una con sus pensamientos y sus planes.

Aidan debía temerse una huida porque se presentó antes del atardecer, parecía que las había estado vigilando pues tan pronto como desapareció la última sardina de la cesta y se levantaban para pasar las cestas por agua, se colocó al lado de Ilduara y la siguió hasta el mar.

—Tengo que asearme un poco.

—Lo sé, también sé que pretendías hacerlo con Roque.—Roque era muy charlatán, la próxima vez que lo viera le daría unas buenas cachetadas—Lava las manos y vente conmigo, a mí no me importa que huelas a sardina, estoy acostumbrado a malos olores.

—Teresa se viene con nosotros.

—No.

—Sí. O no iré.

—No necesito tu consentimiento. Vamos. Y avisa a Teresa de que yo te escoltaré a casa.

—No puedes seguir tratándome como a una mierda con la amenaza de usar tu fuerza contra mí.

—Veremos si puedo o no. ¿Quieres arriesgarte a averiguarlo?

—Eres despreciable y te odio.

—También lo veremos. ¡Lávate!—La empujó suavemente hacia el agua, Ilduara desistió de enfrentársele.

Se lavó cuidadosamente con el jabón y recolocó su pelo en una trenza, antes de darse la vuelta le murmuró a su amiga su decisión de ir sola con él para que no se preocupara y supo que no lo había conseguido. Teresa le apretó la mano y le aconsejó prudencia ante lo cual Ilduara solo sonrió tristemente.

Se puso en pie y caminó acompañada de Aidan, éste se dirigió a las casas romanas abandonadas donde días antes había estado con Aragonta, aquel lugar odioso asqueaba a Ilduara, solo de pensar en que quisiera tener relaciones con ella en el mismo sitio que las había tenido con su anterior amante le provocaba un dolor y una angustia inigualables. Porque sabía que no podría negársele si él decidía tomarla.

Aidan se detuvo apoyado en una de las paredes de la casa en ruinas y observó a Ilduara pensativo.

—¿Cuáles son tus intenciones con Roque?

—Voy a casarme en el Lugnasath.

—¿Con él?

—Tengo que casarme.

—¿Por qué?

—Mis tíos ya cargaron conmigo de sobras. Y Chanoa quiere nietos.

—Por eso cambiaste.

—Por eso me vestí como ahora y por eso solté el cabello, porque me lo aconsejó mi tía, y no quiero defraudarla.

—¿Y Roque?

—Me gusta.

—Parece una buena persona.

—Muy charlatana.—Aquello los hizo sonreír a ambos. Ilduara no podía creer que estuvieran sonriéndose.

—Estará buscándote.

—Y gracias a ti no me encontrará.

—Tenía que hablar contigo.

—Pues podías ser un poco menos mandón.

—Estoy acostumbrado a mandar.

—Y deberías aceptar los nos.

—Nadie se atreve a decirme no.

—Si dejaras de amenazar, oírías muchos nos.

—Eres muy atrevida.

—Y tú muy petulante.

—Porque puedo.

—Eso es cierto, luchas muy bien. Y quizás tengas razón en ser soberbio, pero tienes que permitir a los demás hacer su vida. No entiendo porque te metes conmigo y me gustaría que me explicaras qué estamos haciendo aquí.

—¿No te gusta este sitio?

—Es tu picadero no el mío.

—Aquí es fácil pensar, me gusta estar solo para poder centrarme.

—¿En qué piensas?

—En ti. No sé qué me pasa contigo pero no es algo que me haya ocurrido nunca.—La miró buscando en su rostro la respuesta pero no la encontró—Me hiciste perder el control porque siento que te aíslas de mí a pesar de ser mía. Me provoca ansiedad intentar hacerte mía porque sé que no te das a mí como las demás. No puedo dejar de pensar en ti, de desearte. He intentado hacerlo con otras pero no he podido, tu rostro aparece en sus rostros y no puedo hacerlo.

—No tengo nada que darte Aidan.—Él comenzó a acercarse a ella amenazador, pero Ilduara entristecida decidió decirle la verdad—Porque ya te lo he dado todo, desde niña te lo he dado. Sin que me miraras siquiera, sin que percibieras mi existencia, sin que yo te importara nada, te lo estuve dando. Ayer sólo te ofrecí otra parte más de mí, mi cuerpo.

—¿Qué barullada estás diciendo?

—Que te amo. Desde los seis años te amo.

—¿Qué tonterías son esas? ¿Me amas? ¿A mí?

—Te seguí hasta aquí, a ti y a Aragonta, fue cuando lo decidí. Decidí que no podía continuar así, siendo tu sombra, viviendo a las expensas de tu proximidad. Ese día me disfracé de mujer y fui en busca de un hombre para el Lughnasah. Aidan tienes que liberarme de una vez por todas del yugo de tu presencia. No soporto tus continuos reclamos, necesito a Roque, él será un bálsamo en mi vida, me hará feliz.

Aidan no podía asimilar todo lo que estaba escuchando y en cuanto lo hizo retrocedió como si estuviera viendo una serpiente de dos cabezas.

—¡Cómo puedes ser tan embustera y llegar a decirme semejante locura para librarte de mí!. No aceptaré esa explicación y no te dejaré en paz.

—Cómo podría convencerte de que digo la verdad.

—No podrás nunca. Me detestas, me detestas tanto que eres fría cuando te toco, sólo me usas para tu disfrute porque lo he sentido, algo se me escapa en ti que no se me escapa en las demás.

—Todas te adoran, no ven tus defectos, solo te adoran como a un dios. Yo te amo, tus defectos son parte de ti y por eso los amo también, aunque me obliguen a ser prudente, porque en tu vida no deseas una mujer permanente, por eso no quise abrirme a ti, por miedo a que te asustaran mis sentimientos, como lo están haciendo ahora.

—¡Yo no estoy asustado, no me asusta nada!

—Entonces podré besarte.—Aquello tomó de sorpresa a Aidan. Ilduara lo aprovechó para acercarse. El guerrero aguardó impertérrito aunque sus ojos brillaban de ira.

Ilduara rozó sus ásperas mejillas con los dedos de la mano, cerró los ojos para centrarse en su tacto, lo amaba tanto que solo aquello la alimentaría cien días. Llevó los dedos a los labios del muchacho y abrió los ojos. Su rostro expresaba tantas emociones que confundieron a Aidan pero cuando Ilduara se adueñó de su boca no pudo pensar en nada más.

No sabía que un beso podría hacerlo sentir así, como si estuviera flotando en el aire, como si los pétalos de una rosa se deshicieran en su boca e impregnaran su cuerpo de suavidad y frescor. Era más que deseo, era recibir el cielo, subir a un paraíso donde lo aceptaban por fin y le ofrecían las estancias de un rey.

El beso de Ilduara le hizo sentir un rey.

Aidan no supo responder a ello, no supo qué dar a una mujer que hablaba de amor y besaba de aquella manera, abriéndose cómo una flor para él. Lo que sí supo es que no iba a caer por aquel barranco y despeñarse.

La apartó de repente sujetando sus hombros y la soltó alejándola de sí.

—Yo no busco esto. No quiero esto de ti.—Se apresuró a decir. Ilduara se cruzó de brazos y le miró ruborizada, se había expuesto a esas palabras, las esperaba, en realidad.

—Lo sé. Por eso nunca te lo di. Por eso no te lo di cuando me desvirgaste y no te preocupes que no volverás a recibirlo. Sólo déjame ir Aidan, tú no eres para mí ni yo para ti.

—Ve.—Aquella era la despedida, el momento temido, la última humillación, una simple y directa orden.

Ilduara se alejó pero no se dirigió a la aldea, se encontraba rota, llevaba el alma a cuestas, y terminó de nuevo en el antiguo cementerio romano. Buscó una estela que la escondiera y se sentó a sus pies apoyándose en ella.

Aidan no quería un compromiso y de quererlo no sería con alguien tan insignificante como ella. Lo había tenido unos instantes y no volvería a tenerlo, él nunca giraría la cabeza para echarle una simple mirada. La olvidaría en cuanto sus pies llegasen a Vicus.

Y así tenía que ser. Era el orden natural de las cosas, como decía el padre Allium.

—Aidan lleva unos días endemoniado.—Su tío Tello lo comentó mientras metía un trozo de torta en la boca. Chanoa chasqueó la lengua pero no dijo nada. Ilduara continuó metiendo el caldo en la boca con parsimonia. Tres días después de la última conversación que había mantenido con el guerrero, no había sabido nada más de él hasta aquel momento. Intentó que no le interesara tanto el tema y se vio incapaz. Todo lo que se refiriera a Aidan le importaba y continuaría haciéndolo durante algún tiempo, hasta que Roque se lo hiciera olvidar.—Busca bulla en cualquier parte, el come Belido ha tenido que mandarle unos cuantos hombres para hacerle deponer su actitud y sólo consiguió varios soldados magullados. Nadie puede pasar delante de él y no acabar con un ojo morado. De hecho nadie se atreve a acercársele, ni siquiera las muchachas del Val Fragoso.

—Ese muchachito está muy solo. Vive como un ermitaño en el castro del Cepudo, no tiene familia que lo ayude y siempre tuvo un temperamento infernal. Aprendió a defenderse desde muy pequeño, desde que se vio obligado a recoger los restos de comida que le daba la gente, de niño estaba escuálido, yo creí que no sobreviviría pero es un luchador nato. Antes nadie lo quería acoger y ahora todos lo necesitan, es normal que esté resentido.

—Podía ser temperamental pero nunca fue resentido.

La conversación entre sus tíos le estaba provocando un terrible ardor en el estómago a Ilduara. Y el sentimiento de culpabilidad que encogía su pecho terminó por hacerle apartar el cuenco de caldo, echar su contenido en un cántaro de restos para los animales, y llevarlo al cesto de loza sucia.

Era estúpido sentirse culpable, se dijo al buscar una excusa para salir de la casa. Se sentó fuera en el asiento de piedra y suspiró observando la actividad de la noche en la aldea. Los perros se movían

buscando los restos de comida y la imagen de un niño Aidan rebuscando con ellos le retorció un poco más el estómago.

Sabía cómo había sido la infancia de Aidan pero nunca se había hecho a la idea en realidad de lo que debía suponer no tener a nadie que mirara por uno. Ella tenía a sus tíos y sin ellos sería igual que Aidan.

Él se ganó el respeto de todos y ahora se estaba ganando su miedo. Y eso no era bueno, y eso venía sucediendo desde el nefasto día de la escochada.

Y si ella tenía algo que ver en todo aquello tendría que arreglarlo.

Teresa se acercó con un cántaro de agua lleno y lo apoyó en el suelo para sentarse a su lado.

—Tienes mala cara.

—¿Qué le pasará a Aidan?

—Parece un perro con pulgas, acabo de dejarlo peleando en la Arcata con André, te lo puedes imaginar. André no se mete con nadie, y tampoco se metió con él.

—¿Hace mucho de eso?

—Todavía empezó ahora, seguro que ya le partió la nariz. Lleva una recua de narices partidas en lo que va de semana.

—Voy a buscar agua.

—Suerte con eso y no te acerques a Aidan.—Teresa se levantó y recogió su cántaro alejándose hacia su cabaña.

Ilduara corrió a coger uno dentro de la casa y sin despedirse apuró el paso hacia la fuente. Allí se encontró con un espectáculo desagradable. Los compañeros de Aidan azuzaban a los dos oponentes como si fueran perros en vez de hombres los que lucharán. La sangre corría por los rostros de ambos y ambos jadeaban al lanzarse uno sobre el otro. Ilduara cogió agua y llenó el cántaro, las muchachas se habían quedado prendidas en la lucha y habían abandonado sus tinajas llenas en el suelo.

Ilduara tomó impulso y lanzó el contenido de su cántaro a los dos guerreros y sin esperar respuesta cogió otro del suelo y repitió la hazaña y estaba por coger otro impertérrita ante las carcajadas del público y la sorpresa de los dos combatientes cuando una mano la agarró y tiró de ella.

Aidan se veía furioso chorreando agua y sangre de su cara y cuerpo, André permanecía inmóvil sin poder creer que una mujer se hubiese interpuesto en su pelea y que hubiese detenido a Aidan, eso último lo tenía anonadado.

—¿Te molestábamos princesa?—El sarcasmo de Aidan no inmutó a Ilduara que tiró de la mano que el guerrero mantenía apresada.

—Tengo que hablar contigo y no quería esperar a que terminaras de pelearte con toda la aldea.—Más carcajadas acompañaron las palabras serias de Ilduara.

Aidan la soltó con cara de asco.

—Yo no quiero hablar contigo.

—¿Me tienes miedo?—El desafío fue premeditadamente lanzado. Aidan la miró unos segundos y luego miró al resto. Uno a uno bajaron la cabeza y comenzaron a marcharse, las jóvenes recogieron apresuradamente sus cántaros y salieron disparadas hacia el pueblo.

—¿Qué demonios quieres ahora?—Ilduara se sentó en el borde de piedra de la fuente y Aidan aprovechó para lavarse la cara y las manos.

—Estás hecho un desastre. Siéntate a mi lado Aidan.

El ruego pronunciado con ternura lo desconcertó, no deseaba ternura de ningún tipo en nadie y mucho menos en la loca esa. Porque estaba loca hablando de amor y tonterías sin sentido.

De todos modos obedeció y se sentó sin mirarla, juntando sus manos apoyadas en las piernas.

—¿Qué estás haciendo con tu vida? ¿Por qué actúas así? ¿Acaso quieres que el come se enfade y termine apresándote y multándote y haciendo de ti un siervo cuando no puedas pagar las multas? ¿Eso quieres, ser un esclavo?

—No eres mi madre, ni mi familia para hablarme así. Aunque ninguno de ellos podrían hablarme así de existir. De modo que cierra la boca y ve a tu casa con tu familia.

—Estás hecho un verdadero amargado. Yo también perdí a mis padres y no culpo a nadie de eso.

—Pobrecita mía, perdiste a tus padres, y qué rápido los supliste con otros.—El rencor emponzoñaba las palabras de Aidan, Ilduara lo sabía, sabía a lo que se enfrentaba, pero de todos modos le dolió, por ella y por él.

—No te dejaré en paz hasta que no me digas porque haces esto. A mí, personalmente, me gustaba la nariz de André y la de los otros, si a eso vamos.

Aidan la miró ceñudo y contempló la sonrisa de Ilduara, los labios le temblaron y ella no podría decir si era de rabia o de risa hasta que estalló en carcajadas.

—No puedo contigo. Eres la mujer más rara que he conocido.—La risa contagiosa de Aidan refrescó su alma. Si podía reír no estaba todo perdido.

—Y yo tampoco puedo contigo, te estás portando muy mal, como un salvaje. A poco me dirás que quieres unirme a las bagaudas.

—Lo he pensado.—El cachete le llegó rápidamente, Aidan atrapó la mano agresora y clavó sus ojos en los de ella—No puedo dejar de pensar en ti.—Ahí estaba el meollo de la cuestión—Y no quiero hacerlo.

—Es un capricho pasajero, más pronto que tarde me olvidarás.

—Lo sé. Sin embargo mientras siento rabia por mi confusión. No lo entiendo, no me entiendo.

Ilduara en cambio comenzaba a comprender a Aidan, él nunca tuvo familia que se preocupara de él, ni familia de la que preocuparse, estaba acostumbrado a velar en general por la gente de su villa pero no estaba por la labor de forjar raíces en sitio alguno pues sus raíces habían desaparecido con la muerte de sus padres.

Y él había descubierto que Ilduara era diferente, no buscaba nada de él, ni su popularidad, ni su dinero, ni su estatus, solo lo quería a él, y eso lo desconcertaba pero le gustaba, deseaba que lo quisieran por sí mismo. Que se preocuparan de él, que lo amaran.

Sin embargo Aidan jamás reconocería semejante hecho, porque no quería ser vulnerable, porque ser vulnerable equivalía a la muerte en su mundo. Y se creía que ella lo hacía vulnerable.

—Aidan aunque no seamos pareja podemos ser amigos, podemos formar una familia. Yo te querré siempre, aunque me case con Roque, mi amor por ti no va a desaparecer de la noche a la mañana. El amor no funciona así. Pero yo siempre he sabido que no era para ti y lo he aceptado, por eso puedo ofrecerte el amor de una hermana y me gustaría que lo aceptaras. Yo velaré por ti y tú lo harás por mí, por los hijos que tendré si yo les falto. A ti te confiaría mi propia vida. Y si tú tienes hijos yo velaré por ellos. ¿Aceptas?

Aidan la miró sorprendido por la oferta, él no necesitaba de nadie y a punto estuvo de decírselo, sin embargo el rostro esperanzado de Ilduara lo detuvo.

No la comprendía, tampoco comprendía eso del amor y en cierto modo no le interesaba mayormente. Sabía que su vida siempre estaría en peligro porque se dedicaba a la lucha y defensa y sabía que a nadie le importaría su muerte. Aunque mirando los ojos verdes que le devolvían la mirada ansiosos, dudó de que a ella no le importara su muerte. Tal vez creía todo lo que decía, tal vez sentía algo por él. Recordó el beso y el deseo de volver a sentir aquello que lo aterrizzaba lo tomó de sorpresa. Había luchado contra ese deseo desde el día en que la mandó desaparecer de su vista.

—Me importas mucho Aidan, y te lo demostraré con esta promesa, no permitiré que sigas destruyéndote.—La bravuconada levantó una ceja del guerrero—Lo haré, te perseguiré, te haré la vida imposible, no podrás ni mear tranquilo. Puedo ser muy pesada cuando quiero y te aseguro que serás mi objetivo a partir de este momento si no me prometes que dejarás las narices de la gente en paz. Y suéltame por favor. ¡Qué manía con agarrarme la mano!—Se la sacudió pero Aidan no la soltó.

—Hablas en serio.—Lo pronunció como si hubiese hecho un descubrimiento insólito.

—Muy en serio. ¿No más narices rotas?

—No más narices rotas, princesa, ¿alguna petición más?

—Suelta mi muñeca.

—Si no vuelves a cachetearme, ni a tirarme agua.

—Lo intentaré.

—Esa no es la respuesta adecuada, yo no romperé narices y tú no me vapulearás más.

—A ti no puedo vapulearte Aidan, eres muy fuerte para eso, aunque si pudiera lo haría, te agarraría de los hombros y te zarandearía cada vez que te pusieras tonto.

—Yo no me pongo tonto y tú sólo quieres que los demás hagan tu voluntad, eres una verdadera mandica.

—Los hombres necesitáis mano dura de vez en cuando.

—Los hombres recibimos muchas manos duras, lo que nos faltaba es que las mujeres fueran también duras con nosotros.

—Es que siempre os metéis en líos.

—Y si se me ocurre meterme en algún lío a partir de ahora, ahí estarás tú, peleando mis peleas y ordenando mi vida.

—¡Exacto!, eso es lo que hace la familia. Lo vas pillando.

—Creo que eso de la familia no me convence mucho...¡Ay!. —Ilduara le había cacheteado con la otra mano. Y se vio apresada de nuevo.

—Y como nuevo miembro de la familia te advierto que tengo muy mal perder y que si no me sueltas de inmediato te obligaré.

—¿En serio?

—En serio.—Ilduara lanzó su pie contra la espinilla de Aidan y éste la soltó echándola al suelo con el impulso—¡Maldita sea Aidan me has dejado el vestido embarrado!

—¡Qué yo...!. ¡Has sido tú la que me ha pegado!. No te tiré a propósito pero te lo tienes bien merecido, si vas a tratarme así prefiero no tener ninguna familia.

—Los hermanos se suelen pelear.

—Pero si no quieres que ande por ahí rompiendo narices, porque quieres que me pelee contigo.

—No quiero que te pelees, solo digo que no es raro que lo hagamos de vez en cuando. Pero tú eres más fuerte que yo y me tienes que dar ventaja.

—Es regla te la estás inventando ahora.

—Era por si colaba.—La sonrisa de Ilduara se acompañó con el intento de ponerse de pie, Aidan le dio un tirón y la levantó de golpe—Gracias.—Se revisó el vestido por detrás—Mañana me toca lavar, y me acordaré de ti, no lo dudes.

—Eso suena a amenaza.

—Te las guardo. Pero de buena manera.

—Es un alivio saberlo. Venga se hace tarde, te acompañaré a casa.

—Tengo que llenar de nuevo el cántaro.

—Déjame a mí, eres un peligro con agua en las manos.

—Si tú lo dices...—Ilduara aguardó a que llenara el cántaro—Se está poniendo muy feo el tiempo.—Su mirada en los negros nubarrones que se esparcían con rapidez desde el océano a la ría, se desvió al muchacho que acababa de terminar con su tarea. Éste también observó con un suspiro de resignación.

—Hoy todavía no he terminado con las mojaduras.

—Vente a casa.

—No gracias.—Le salió el tono de siempre de menosprecio. Y se vio cacheteado de nuevo.

—Hoy duermes con nosotros. Y punto en boca.—Aidan se acarició la zona.

—Esto cada vez me gusta menos.—El dedo admonitorio de Ilduara detuvo sus palabras.

Entraron en la cabaña cuando llovía a cántaros. Chanoa levantó la vista de la cesta que estaba haciendo y sonrió.

—Tía encontré a Aidan en la fuente y el tiempo se puso endemoniado.

—Quédate a dormir aquí, voy a por ropa de Tello para que puedas cambiarte y tú Ilduara, dale un plato de comida y quítate esa ropa mojada. Tello vendrá dentro de un momento.—Su tía se metió en

el compartimento que hacía de dormitorio del matrimonio y dejó caer la cortina. Ilduara sonrió a Aidan y le ofreció la comida haciéndolo sentar en una banqueta.

—Me cambio y vuelvo, cómelo caliente.

—No tardes.—Agobiado por la solicitud de las mujeres comenzó a comer y lo dejó cuando regresó Chanoa con la ropa de Tello. Lo hizo levantar y lo metió en el habitáculo apremiándolo para que no se resfriara.

—Se veía venir la lluvia.—Regañó a Ilduara cuando apareció saliendo de su espacio para dormir.

—No me fijé hasta que la tuve encima.

—A ti se te va el santo al cielo en un momento.

—No me riñas más tía, le puede pasar a cualquiera.

—Búscales unas pieles al muchacho y prepárale un rincón para dormir.—Ilduara volvió a su lecho y recogió de una cesta varias pieles. Las llevó afuera y salió a por un poco de heno seco del establo. Cuando regresó se encontró con la mirada apurada de Aidan que escuchaba la retahíla de su tía sobre las inconveniencias de resfriarse en aquella época. Ilduara le sonrió regocijada en su incomodidad y se limitó a echar el heno en el rincón elegido.

—Deja que te ayude.—Se ofreció el muchacho intentando librarse de su tía.

—Encantada.—Entre los dos acomodaron el heno y las pieles haciendo un lecho improvisado.

—Tu tía es capaz de matar con la lengua.—Susurró a la chica.

—Dale tiempo y lo conseguiré sólo con mirarte.—Se rieron por lo bajo.

—¿Qué estáis cuchicheando?

—Aidan me recordaba cómo se había caído Quintín en el curro.

—Ese muchacho siempre fue un imprudente.—Y entonces comenzó un nuevo recordelis sobre la imprudencia. Aidan miró a Ilduara y ésta a él. Estallaron en risas sin poder evitarlo.

—No sé qué he dicho que os hace tanta gracia, de veras que no lo sé.—Ante esas palabras las risas se acentuaron al punto de que ambos cayeron sobre el improvisado lecho sujetando sus vientres que amenazaban con reventárseles. En ese momento entró Tello y se quedó mirando a los dos muchachos echados sobre las pieles y respaldados en la pared de la cabaña intentando controlar su ataque de risa y a su mujer mirándolos censuradora.

—Parece que la fiesta estaba en casa y no en la cantina.—Comentó Tello sonriendo.

—Siempre llegaste tarde a las fiestas.—Fue la respuesta escueta de su mujer—Será mejor que nos acostemos, yo ya estoy cansada.—Se levantó del taburete y se metió en su espacio para dormir. Tello miró a la pareja sonriente y se encogió de hombros siguiendo a su mujer.

—¿Son siempre así?—Le preguntó en murmullos Aidan a la joven.

—Sí.

—Ahora comprendo porque eres tan rebelde.

—Yo no soy rebelde.

—Lo disimulas delante de tus tíos pero que eres rebelde lo eres. Y no me extraña, si le hicieras caso a tu tía te volvería majareta perdida en una semana.

—Quiere que seamos prudentes con nuestra salud, nada más.

—Y con el aire que respiramos no vaya a ser que nos mate. Pero me gustan. Y tú empiezas a gustarme también.—Le revolvió el cabello, Ilduara le apartó las manos y ambos se enzarzaron en una pelea de risas y manotazos. Cuando pudieron dejar de reír Aidan tenía la cabeza sobre el pecho de Ilduara y ella estaba despatarrada sobre el revoltijo de pieles.

—Creo que vamos a tener que hacer de nuevo el lecho.—Comentó Ilduara arrastrando una de las pieles con la mano y tapando la cabeza de un desprevenido Aidan. Éste se liberó y la atrapó con esa misma piel inmovilizándola.

—¿Y ahora qué, gamberra de las narices?

—¿De las que tú rompiste?

—Eso es agua pasada, en adelante romperé costillas.

—¡Aidan, no te atreverás! ¡me lo prometiste!

—Solo hablamos de narices.

—¡Aidan!—Los ojos de Ilduara se entrecerraron y Aidan no logró contenerse, se rió y cubrió la cara con el regazo de la joven para no molestar a sus tíos. Ilduara se revolvía enfadada—¡Aidan, si no dejas de apretarme vomitaré encima de tu descerebrada cabeza!

—No lo harás porque tu tía podría volver y comenzar a explicarnos los peligros de vomitar la comida.

—De acuerdo, es cierto. Y ahora me vas a soltar y luego me prometerás que no te meterás en líos.

—¿Y qué me darás a cambio si hago todo lo que me pides?

—Bueno, conseguirás dormir tranquilo.

—¿Eso es una amenaza?

—Mis tíos tienen el sueño muy pesado. Y los estoy oyendo roncar.

—Entonces estás en mis manos y seré yo quién ponga las condiciones de tu rendición.

—Estás chiflado si crees que me voy a rendir. Yo no me rindo nunca, ya te dije que soy muy pesada.

—Pues no dormiremos esta noche.

—Por mi...—Ilduara lo dijo mientras intentaba escapar de la piel.

—Ilduara.—El repentino cambio de voz la detuvo y levantó la vista a los ojos grises del guerrero—Definitivamente me gustas.—La sonrisa franca le provocó otra igual a ella.

—Tú también me gustas un poco, aunque me gustarás más cuando me hagas caso.

—¡Mandica tozuda!

—Te lo advertí.

—Parece que me llevas advirtiendo desde que comenzamos a hablarnos, “te advierto esto, te advierto lo otro...”.

—Es que no quiero que me taches de traidora.

—¡Por Dios, nunca se me ocurriría!.—La liberó y la puso en pie—¡A dormir!—La empujó hacia su lecho y cerró las cortinas antes de que ella pudiera darse la vuelta para volver a hablar.

Ilduara sonrió y con esa sonrisa se acostó. Sentir que había logrado ganarse el respeto de Aidan la hacía volar en una nube de ensueño. Lo amaba y lo amaría siempre, aunque nunca le perteneciera.